

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LX, número 24 (2.822)

Ciudad del Vaticano

16 de junio de 2023



El Papa recibe el alta médica y regresa al Vaticano

La mañana del viernes, 16 de junio, el Papa Francisco fue dado de alta del Hospital Gemelli de Roma, donde se encontraba hospitalizado desde el pasado 7 de junio tras someterse a una intervención quirúrgica por una hernia abdominal. Decenas de personas lo esperaban a la salida del centro para transmitirle su cariño. Antes de entrar en el coche que lo llevaría de vuelta al Vaticano, el Pontífice agradeció su trabajo a los medios de comunicación y también bromeó sobre su estado: "Todavía estoy vivo", dijo. Además comentó el trágico naufragio de un barco cargado con centenares de inmigrantes que se ha producido frente a las costas de Grecia y que se ha cobrado la vida de más de 80 personas. "Tanto, tanto dolor", comentó Francisco, que el jueves había enviado un telegrama para expresar su dolor. (Página 11)

El Papa en su ingreso hospitalario en página 11

El mensaje del Papa para la Jornada mundial de los pobres

Especulaciones, injusticia, precariedad son atentados a la dignidad de la persona

PÁGINAS 4-5

El mensaje para la Jornada mundial de los abuelos y los mayores que se celebra el 23 de julio del Papa

No permitamos que los ancianos dejados solos o descartados

PÁGINA 10

En un telegrama firmado por el cardenal Parolin

El pésame del Papa por la tragedia en la costa de Grecia

Al conocer la noticia del naufragio que tuvo lugar frente a las costas de Grecia, el Papa expresó su pésame a monseñor Jan Romeo Pawłowski, nuncio apostólico en Grecia, en un telegrama firmado por el cardenal secretario de Estado Pietro Parolin

Profundamente conternado al enterarse del naufragio frente a las costas de Grecia con su impactante pérdida de vidas, Su Santidad el Papa Francisco ofrece oraciones sinceras por los muchos migrantes que han muerto, sus familias y todos aquellos traumatizados por esta tragedia. Sobre los sobrevivientes, quienes les proporcionan cuidado y refugio, y el personal de emergencia, Su Santidad invoca los dones de fuerza, perseverancia y esperanza del Omnipotente.



Mensaje del Pontífice a los miembros del Partido Popular en el Parlamento de Estrasburgo

Europa necesita una política alta y unidad sobre valores éticos

Para «reanimar Europa» es necesario «una visión política alta», que para los creyentes conlleva la unidad sobre las «cuestiones en las que están en juego valores éticos primarios y puntos importantes de la doctrina social cristiana». Es la invitación que el Papa Francisco dirige a los miembros del grupo del Partido Popular Europeo en el Parlamento de Estrasburgo, a los cuales ha dirigido el siguiente mensaje, difundido el domingo 11 de junio.

Me alegra dirigiros un cordial saludo a vosotros, miembros del Grupo del Partido Popular en el Parlamento Europeo, institución que visité en noviembre de 2014, y aprovecho la ocasión para compartir con vosotros algunas reflexiones.

La primera: sois parlamentarios, por tanto, sois representantes de los ciudadanos que os han encomendado un mandato. Cuando fueron las primeras elecciones del Parlamento Europeo, la gente se interesó, era una novedad, un paso adelante importante en la construcción de la Europa unida. Pero, como siempre, con el paso del tiempo el interés disminuye; y entonces es necesario cuidar bien la relación entre ciudadanos y parlamentarios. Este es un problema clásico de las democracias representativas. Y si ya es difícil mantener vivo el vínculo dentro de cada país, con más razón lo es para el Parlamento Europeo, que está aún más «lejos». Pero por otro lado hoy la comunicación puede ayudar mucho a superar las distancias.

Un segundo punto: el pluralismo. Está claro que un gran grupo parlamentario debe prever un cierto pluralismo interno. Sin embargo, sobre algunas cuestiones en las que están en juego valores éticos prima-



La visita del Papa Francisco al Parlamento europeo de Estrasburgo (25 de noviembre de 2014)

rios y puntos importantes de la doctrina social cristiana es necesario estar unidos. Este me parece un aspecto particularmente interesante, porque pide pensar en la formación permanente de los parlamentarios. Es normal que también vosotros necesitéis momentos de estudio y de reflexión en el que profundizar y debatir sobre las cuestiones éticamente más relevantes. Es un desafío apasionante, que se juega sobre todo a nivel de la conciencia, y que destaca también la calidad de quien hace política. El político cristiano debería distinguirse por la seriedad con la que afronta los temas, rechazando las soluciones oportunistas y manteniéndose siempre firme en los criterios de la dignidad de la persona y del bien común.

Al respecto, vosotros tenéis un patrimonio riquísimo al que recurrir para llevar vuestra contribución original a la política europea, es decir la doctrina

social de la Iglesia. Pensemos, por ejemplo, en los dos principios de solidaridad y subsidiaridad y en su dinámica virtuosa. Hay aspectos ético-políticos, unidos a cada uno de estos dos principios, que vosotros compartís con colegas de diferentes pertenencias, los cuales subrayan respectivamente o el uno o el otro; pero el cruce de los dos, el hecho de activarlos juntos y hacerlos funcionar de forma complementaria, esto es propio del pensamiento social y económico de inspiración cristiana, y por tanto está encomendado particularmente a vuestra responsabilidad.

Otro aspecto que tiene analogía con este: la visión de una Europa que mantenga juntos unidad y diversidad. Esto es fundamental; pude subrayarlo recientemente en la visita a Hungría. Una Europa que valore plenamente las diferentes culturas que la componen, su riqueza enorme de tradiciones,

de lenguas, de identidad, que son las de sus pueblos y sus historias; y que al mismo tiempo sea capaz, con sus instituciones y sus iniciativas políticas y culturales, hacer que este riquísimo mosaico componga figuras coherentes.

Y para esto es necesario una fuerte inspiración, un «alma», a mí me gusta decir que son necesarios los «sueños». Son necesarios valores altos, y una visión política alta. Con esto no pretendo empequeñecer la importancia de la gestión ordinaria, de la buena administración normal, es más, si esta es buena ya es mucho. Pero no basta, no basta para sostener una Europa que se encuentra haciendo frente a los grandes desafíos globales de siglo XXI. Para afrontar tales desafíos como Europa unida, es necesaria una inspiración alta y fuerte. Y vosotros, quisiera decir, deberíais ser los primeros en atesorar los ejemplos y las enseñanzas de los padres fundadores

de esta Europa. La apuesta original, que puede ser también la apuesta actual, es la de apuntar no solo a una organización que tutele los intereses de las naciones europeas, sino a una unión donde todos podamos vivir una vida «a medida del hombre, fraterna y justa».^[1]

Quisiera destacar este término: fraterna. Como sabéis, la fraternidad y la amistad social es el gran «sueño» que he compartido con toda la Iglesia y todos los hombres y las mujeres de buena voluntad (cfr Enc. *Fratelli tutti*, 8). Pienso que la fraternidad pueda ser también fuente de inspiración para quien quiera hoy re-animar Europa, para que responda plenamente a las expectativas tanto de sus pueblos como del mundo entero. Porque un proyecto de Europa hoy solo puede ser un proyecto mundial. Considero que los políticos cristianos hoy se deberían reconocer por la capacidad de traducir el gran sueño de fraternidad en acciones concretas de buena política a todos los niveles: local, nacional, internacional. Por ejemplo: desafíos como el de las migraciones, o el del cuidado del planeta, me parece que se puedan afrontar solo a partir de este gran principio inspirador: la fraternidad humana.

Queridos amigos, hagamos memoria de los orígenes: no olvidemos cómo nació la Europa unida; no olvidemos la tragedia de las guerras del siglo XX. El gradual y paciente trabajo de construcción de una Europa unida, en ámbitos primero particulares y después cada vez más generales, ¿qué tenía dentro como inspiración? ¿Qué ideal, si no el de generar un espacio donde se

podiera vivir en libertad, justicia y paz, respetándose todos en la diversidad? Hoy este proyecto está puesto a prueba en un mundo globalizado, pero puede ser relanzado partiendo de la inspiración original, que es más actual que nunca y fecunda no solo para Europa, sino para toda la familia humana.

Y quisiera concluir con una última observación: ¿quiénes son los que más viven la Europa unida? Vosotros me lo enseñáis: son los jóvenes. Hoy se empieza pronto a hacer periodos de estudio en el extranjero; después, para la universidad, especialmente las especializaciones, el horizonte es europeo; y así para la búsqueda del trabajo... No me refiero a la triste necesidad, que lamentablemente existe, de ir a otros lugares por la falta de oportunidades en la patria; no, sino al hecho de que para los jóvenes ya es normal, por ejemplo, hacer una primera parte de estudios en el propio país y especializarse en otro. Un poco como sucedía en la Edad Media: se estudiaba un poco en Padua, un poco en París, un poco en Oxford o en Heidelberg... Miremos a ellos, a los jóvenes, y pensemos en una Europa y en un mundo que estén a la altura de sus sueños.

Por esto os animo a ir adelante con valentía y esperanza, con la ayuda de Dios. El Evangelio sea vuestra estrella polar y la Doctrina social vuestra brújula. Os bendigo de corazón a todos vosotros y a vuestros seres queridos. Y os pido por favor que recéis por mí. Gracias. Roma, Policlínico «Gemelli», 9 de junio 2023

[1] P.H. Spaak, *Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma*, 25 marzo 1957.

En San Luis de los franceses el cardenal Parolin acoge las reliquias de santa Teresa de Lisieux

Ser amor en el corazón de la Iglesia

La santidad de Teresa de Lisieux es ejemplar para cada estado de vida cristiana. La «pequeña vía» que muestra es «pequeña» en el sentido que «invita al alma a reconocerse débil e impotente», pero es «fuerte del poder de Dios», en cuanto que «invita al alma a confiar en Jesús y a encomendarse totalmente a Él como haría un niño». Lo subrayó el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, en la misa celebrada el miércoles por la tarde, 7 de junio, en la iglesia de San Luis de los franceses en Roma. Durante el rito fueron acogidas las reliquias de santa Teresa y de sus padres, Luis y Celia Martin, que por la mañana habían sido veneradas por el Papa Francisco durante la audiencia general. La *peregrinatio* se coloca en el contexto del 150º aniversario del nacimiento y del 100º aniversario de la beatificación de la santa.

En la homilía, el purpurado recordó que seguir el camino que Teresa indica, y que ella misma siguió, «no nos ahorrará sufrimientos y sacrificios, pero no debe eximirnos del querer amar a Jesús apasionadamente, hasta donarnos». Solo si el discípulo de Cristo, «involucrado en las tribulaciones o víctima de persecu-

ciones de todo tipo», se abandona como un niño al Padre, «se queda sereno y alegre y se opone con vehemencia a los intentos de deportarlo en las «Babilonias» del presente». La vida de Teresa, observó el cardenal, fue como «un mosaico y un momento icónico» de textos bíblicos. Ella dio al mundo el «testimonio auténtico de una vida en la que el amor de Jesús era el anticipo de la vida eterna». La santa «amaba a Jesús apasionadamente, concretamente, en todo y por todos lados, desde la casa de familia al convento carmelita, tanto para reconocerse y acoger su presencia amorosa en todos los eventos de su vida, también en los más dolorosos». Tenía una tal familiaridad con Dios que «le hablaba cotidianamente a corazón abierto, con una frescura y una sencillez desconcertantes». El secretario de Estado recordó que el día de la primera Comunión ella confió haber experimentado una íntima unión con Jesús.

Teresa, afirmó Parolin, es santa de la fidelidad en cuanto que «acogió con generosidad y sacrificio las manifestaciones de Dios en su vida». Ni el sufrimiento, «ni el dolor, ni sus múl-

tiples formas, ni siquiera la terrible noche de la fe - ya no lograba creer en la existencia del cielo, ese hermoso cielo que en una época tanto la atraía - la desanimaban en su impulso y en su determinación para convertirse en esposa de Jesús».

Esto, añadió, vale para quien quiere vivir «una relación privilegiada con Jesús, una relación que vaya más allá de lo ordinario y lo mediocre, más allá del «clientelismo» espiritual, eclesial y moral y el relativismo en todas sus formas». Nada «nos tiene que parar: caminamos con decisión en los caminos del Señor y según sus mandamientos, resistimos a las tentaciones y a los compromisos de todo tipo, luchamos por perseverar en la oración y en el perdón, resistimos firmes en la fe frente a las adversidades». Solo así se podrá «encontrar al Dios viviente y el Dios de los vivos, en un mundo que a menudo rechaza elevar nuestras almas al Señor».

Por otro lado, Teresa es un «gigante» de la santidad. «Su acto de ofrenda al amor misericordioso - dijo el celebrante - es uno de los puntos más altos de la historia de la espiritualidad». Considerando «su corazón de

guerrero del amor», convencida de que su esposo estuviera vivo para siempre, en la cama de dolor y agonía pudo confesar: «No estoy muriendo, estoy entrando en la vida». En efecto, «amando apasionadamente a Jesús, haciendo de Él su único esposo, hasta el punto de haberle donado toda su vida, de haberle dedicado todas sus actividades, todos sus pensamientos, todas sus atenciones», hasta el punto de haber sacrificado todo, «soportado todo, sufrido todo, ofrecido todo por Él», «como un ángel del cielo», permanece ahora, y para siempre, lo que «había empezado a ser en su Carmelo: la «Esposa de Jesús»».

Hoy más que nunca, continuó el purpurado, Teresa «se dirige a todos nosotros diciendo: ¡tened confianza, lo que he vivido con Jesús podéis vivirlo también vosotros! ¡Santa Teresa es inagotable y original!». Pueda la santa - fue su deseo final - interceder por todos y enseñar «a amar a Jesús como ella lo amó, a sufrir por él como ella sufrió». De aquí la invocación a la patrona de las misiones para que obtenga «la gracia de ser amor en el corazón de la Iglesia, madre nuestra».

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniusque suum Non proculdubio

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photos@spcva
www.photos@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redazione.osservatore.it

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

«No nos cansemos de gritar “no a la guerra”, en el nombre de Dios o en el nombre de cada hombre y cada mujer que aspira a la paz». Lo escribió el Papa Francisco en el discurso con ocasión del Encuentro sobre la fraternidad humana, que tuvo lugar el sábado 10 de junio. Desde el policlínico Gemelli el Pontífice quiso unirse a a los participantes enviándoles el texto - que publicamos a continuación - leído por el cardenal Mauro Gambetti.

Queridas hermanas y queridos hermanos, buenas tardes.

Aunque no puedo recibirlos personalmente, quisiera darles la bienvenida y agradecerles de corazón su presencia. Me alegra poder reafirmar junto con ustedes el deseo de fraternidad y de paz para la vida del mundo. Un escritor ha puesto en labios de Francisco de Asís estas palabras: «El Señor está donde están tus hermanos» (E. Leclerc, *La sabiduría del pobre*, 59). Verdaderamente, el cielo bajo el que estamos nos invita a caminar juntos sobre la tierra, a redescubrirnos hermanos y a creer en la fraternidad como dinámica fundamental de nuestro peregrinaje.

En la Encíclica *Fratelli tutti* escribí que «la fraternidad tiene algo positivo que ofrecer a la libertad y a la igualdad» (n. 103), porque quien ve a un hermano ve en el otro un rostro, no un número: es siempre “alguien” que tiene una dignidad y merece respeto, no “algo” que se puede usar, explotar o descartar. En nuestro mundo, desgarrado por la violencia y por la guerra, no son suficientes los retoques y los ajustes: sólo una gran alianza espiritual y social que nazca de los corazones y gire alrededor de la fraternidad puede volver a poner en el centro de las relaciones la sacralidad y la inviolabilidad de la dignidad



El discurso preparado por el Papa Francisco para el Encuentro de la Fraternidad Humana

No nos cansemos de gritar “no a la guerra”

humana.

Por esto la fraternidad no tiene necesidad de teorías, sino de gestos concretos y de opciones compartidas que la hagan cultura de paz. La pregunta que debemos hacernos no es por tanto qué pueden darnos la sociedad o el mundo, sino qué puedo dar yo a mis hermanos y a mis hermanas. Volviendo a casa, pensemos qué gesto concreto de fraternidad podemos realizar: reconciliarnos con la familia, con los amigos o con los vecinos, rezar por quien nos ha hecho daño, reconocer y ayudar a quien está en necesidad, llevar una palabra de paz a la escuela, a la universidad o a la vida social, ungir con nuestra cercanía a alguien que se sienta solo.

Sintámonos llamados a aplicar el bálsamo de la ternura dentro de las relaciones que se han desgastado, tanto entre las personas como entre los pueblos. No nos cansemos de gritar “no a la guerra”, en el nombre de Dios o en el nombre de cada hombre y cada mujer que aspira a la paz. Me vienen a la mente aquellos versos de Giuseppe Ungaretti que, en plena guerra, sintió la necesidad de hablar de los hermanos como de una «Palabra temblorosa / en la noche / Hoja apenas nacida». La fraternidad es un bien frágil y precioso. Los hermanos son un ancla de verdad en el mar tempestuoso de los conflictos que siembran la mentira. Evocarlos es recordarle a quien está combatiendo, y también a

todos nosotros, que el sentimiento de fraternidad que nos une es más fuerte que el odio y la violencia, de hecho, nos acomuna a todos en el mismo dolor. Es de aquí de donde partimos y volvemos a empezar, desde el significado de “sentirse juntos”, chispa que puede encender de nuevo la luz para detener la noche de los conflictos.

Crear que el otro sea un hermano, decirle al otro “hermano” no es una palabra vacía, sino lo más concreto que cada uno de nosotros puede hacer. Significa, de hecho, emanciparse de la pobreza de creer que estamos en el mundo como hijos únicos. Significa, al mismo tiempo, optar por superar la lógica de los socios, que están juntos sólo por el in-

terés; sabiendo también ir más allá de los límites de los vínculos de sangre o étnicos, que reconocen sólo lo que les es semejante, pero rechazan lo diverso. Pienso en la parábola del Samaritano (cf. *Lc 10,29-37*), que se detiene con compasión ante el judío necesitado de ayuda. Sus culturas eran enemigas, sus historias diferentes, sus religiones hostiles entre sí, pero para aquel hombre la persona hallada en el camino y su necesidad estaban por encima de todo.

Cuando los hombres y las sociedades eligen la fraternidad también las políticas cambian: la persona vuelve a prevalecer sobre el beneficio; la casa común que todos habitamos, sobre el ambiente que se explota para los propios intereses; el

trabajo se paga con el justo salario; la acogida se convierte en riqueza; la vida, en esperanza; la justicia se abre a la reparación y el recuerdo del mal causado sana en el encuentro entre las víctimas y los culpables.

Queridos hermanos y hermanas, les doy las gracias por haber organizado este encuentro y haber dado vida a la “Declaración sobre la fraternidad humana”, elaborada esta mañana por los ilustres premios Nobel presentes. Creo que ofrece “una gramática de la fraternidad” y sea una guía eficaz para vivirla y testimoniarla cada día en modo concreto. Han trabajado juntos muy bien y se lo agradezco mucho. Procuremos que cuanto hemos vivido hoy sea el primer el primer paso de un camino y pueda poner en marcha un proceso de fraternidad: las plazas enlazadas desde varias ciudades del mundo, a las que saludo con gratitud y afecto, dan testimonio de la riqueza de la diversidad y de la posibilidad de ser hermanos incluso cuando no estamos cerca, como me ha ocurrido a mí. Sigamos adelante.

Quisiera despedirme dejándoles una imagen, la del abrazo. De esta tarde que hemos pasado juntos les pido que custodien en el corazón y en la memoria el deseo de abrazar a las mujeres y a los hombres de todo el mundo para construir juntos una cultura de paz. La paz, efectivamente, tienen necesidad de fraternidad y la fraternidad tiene necesidad de encuentro. Que el abrazo dado y recibido hoy, simbolizado en la plaza en la que están reunidos, se convierta en compromiso de vida. Y en profecía de esperanza. Yo mismo del abrazo y, mientras les reitero mi agradecimiento, de corazón les digo: estoy con ustedes.

República Democrática del Congo

Solidaridad más allá del barro, historias de los “ángeles” en Kivu del Sur

Las Hermanas Angélicas de San Pablo han elegido una de las regiones más pobres y aisladas de la nación africana, para establecer su misión al lado de los más pobres y frágiles. Precisamente Kalehe, donde se encuentra una de sus casas, fue el epicentro de las desastrosas inundaciones que afectaron al país recientemente.

LUCAS DURAN

La mirada viva, la sonrisa que nunca cede a la resignación, como signo de esperanza. Tampoco ante la tragedia. Sor Yvette Lwali Zawadi, de la casa madre de Roma de las Hermanas Angélicas está en continuo contacto con sus hermanas de la República Democrática del Congo (RDC). “Muchas de ellas –dice– han perdido familiares y conocidos a causa de los deslizamientos de tierra. Una tragedia que las une aún más a la gente del lugar, todos en busca de los cuerpos de sus seres queridos. Se puede decir que es afortunado quien puede dar sepultura a sus seres queridos”.

La casa general de las Hermanas Angélicas de San Pa-

blo se encuentra en la Via Casilina, una de las periferias de Roma, y es siempre en las periferias de la capital de Kivu del Sur, Bukavu, donde las hermanas llevan a cabo su acción.

Escuela y educación

“En Kivu Sur –dice la hermana Yvette– estamos presentes con unas 55 hermanas y tres casas. La primera, en Murhesa, está a sólo 30 kilómetros de Bukavu, pero no hay que pensar en los kilómetros como se haría aquí en Italia. Unas pocas millas en RDC pueden significar horas de viaje”. Las otras dos casas se encuentran un poco más lejos, concretamente en Kavumu y, precisamente, en Kahele. Esta última, además de por las recientes inundaciones, es una zona donde se han registrado numerosos casos de violencia causados por la inestabilidad política y que han afectado especialmente a las mujeres.

A través de nuestros proyectos, prosigue sor Yvette, “nosotros hemos elegido privilegiar la escuela y la educación. En la República Democrática del Congo, la es-



cuela pública es a menudo una quimera y la mayoría de la gente no puede pagar las matrículas de las instituciones privadas. Nuestras escuelas acogen a unos 900 estudiantes y tratamos de apoyar en particular la educación de las niñas y chicas, a menudo discriminadas en materia de educación. No es fácil, ya que los costes son elevados. También por esto

hemos activado desde hace tiempo un programa de adopciones a distancia, a través del cual cualquiera puede ayudarnos en nuestra misión”.

Asistencia a los enfermos

Junto a la educación, las Hermanas Angélicas de San Pablo en la República Democrática del Congo están activas en hospitales y orfa-

matos, pero también a través de una verdadera obra de apostolado en las áreas más remotas, donde apoyan a las familias que cultivan pequeñas parcelas de tierra, en particular a las mujeres solas que deben mantener y criar a sus hijos.

“Cada mes –dice la hermana Yvette– nos encontramos con las madres y los niños, tratamos de proporcionarles lo que necesitan. En el orfanato de Kahele hay muchos casos de desnutrición severa y las hermanas hacen todo lo posible para apoyar a los niños necesitados”.

La relación con las instituciones y la gratitud de la población

La elección del tipo de acción a desarrollar y los beneficiarios a asistir ven la supervisión de la Archidiócesis de Bukavu, pero la presencia de la Congregación en Kivu del Sur desde 1963 es de por sí la primera garantía de eficacia de las intervenciones. “Por lo demás –subraya la hermana Yvette–, las relaciones con las instituciones locales están generalmente marcadas por la confianza y la colaboración. Uno de los

problemas más delicados sigue siendo, en todo el país, no sólo en Kivu del Sur, el del pago de los profesores que a menudo no reciben su salario durante largos períodos. La presencia de nuestras escuelas representa en este sentido una bocanada de oxígeno y la gente nos ve como un punto de referencia y de esperanza”.

Bajo el signo del carisma “Nuestro compromiso –concluye Sor Yvette– se basa en el carisma de nuestra congregación, la renovación del fervor cristiano. Ese mismo fervor acompañó la visita del Papa Francisco a la República Democrática del Congo, que tuvo lugar entre el 31 de enero y el 3 de febrero. Y aunque el Pontífice no pudo ir a Goma, capital de Kivu del Norte, como estaba previsto inicialmente, el solo hecho de haber emprendido el viaje apostólico a la RDC después de la anulación forzada de julio de 2022, ha sido para toda la población de nuestro país un signo de esperanza y, precisamente, de renovado fervor cristiano”.

#sistersproject

Para la Jornada mundial de los pobres

El mensaje del Papa

Especulaciones, injusticia, precariedad son atentados a la dignidad de la persona

«Invitar a compartir el almuerzo dominical, después de haber compartido la Mesa eucarística. La Eucaristía celebrada sería realmente criterio de comunión». Lo propone el Papa Francisco en el mensaje para la anual Jornada mundial de los pobres, que — llegando a su séptima edición — en este 2023 será celebrada el 19 de noviembre, como es tradición en el domingo precedente a la fiesta de Jesús Cristo Rey del Universo.

«No apartes tu rostro del pobre» (Tb 4,7)

1. La Jornada Mundial de los Pobres, signo fecundo de la misericordia del Padre, llega por séptima vez para apoyar el camino de nuestras comunidades. Es una cita que la Iglesia va arraigando poco a poco en su pastoral, para descubrir cada vez más el contenido central del Evangelio. Cada día nos comprometemos a acoger a los pobres, pero esto no basta. Un río de pobreza atraviesa nuestras ciudades y se hace cada vez más grande hasta desbordarse; ese río parece arrastrarnos, tanto que el grito de nuestros hermanos y hermanas que piden ayuda, apoyo y solidaridad se hace cada vez más fuerte. Por eso, el domingo anterior a la fiesta de Jesucristo, Rey del Universo, nos reunimos en torno a su Mesa para recibir de Él, una vez más, el don y el compromiso de vivir la pobreza y de servir a los pobres.

«No apartes tu rostro del pobre» (Tb 4,7). Esta Palabra nos ayuda a captar la esencia de nuestro testimonio. Detenernos en el Libro de Tobías, un texto poco conocido del Antiguo Testamento, fascinante y rico en sabiduría, nos permitirá adentrarnos mejor en lo que el autor sagrado desea transmitir. Ante nosotros se despliega una escena de la vida familiar: un padre, Tobit, despide a su hijo Tobías, que está a punto de emprender un largo viaje. El anciano teme no volver a ver a su hijo y por ello le deja su «testamento espiritual». Tobit había sido deportado a

Nínive y se había quedado ciego, por lo que era doblemente pobre, pero siempre había tenido una certeza, expresada en el nombre que lleva: «El Señor ha sido mi bien». Este hombre, que siempre confió en el Señor, como buen padre no desea tanto dejarle a su hijo algún bien material, cuanto el testimonio del camino a seguir en la vida, por eso le dice: «Acuérdate del Señor todos los días de tu vida, hijo mío, y no peques deliberadamente ni quebrantes sus mandamientos. Realiza obras de justicia todos los días de tu vida y no sigas los caminos de la injusticia» (4,5).

2. Como se puede apreciar inmediatamente, lo que el anciano Tobit pide a su hijo que recuerde no se limita a un simple acto de memoria o a una oración dirigida a Dios. Se refiere a gestos concretos que consisten en hacer buenas obras y vivir con justicia. La exhortación se hace aún más específica: a todos los que practican la justicia, «da limosna de tus bienes y no lo hagas de mala gana» (4,7).

Las palabras de este sabio anciano no dejan de sorprendernos. En efecto, no olvidemos que Tobit había perdido la vista precisamente después de realizar un acto de misericordia. Como él mismo cuenta, su vida desde joven estuvo dedicada a hacer obras de caridad: «Hice muchas limosnas a mis hermanos y a mis compatriotas deportados conmigo a Nínive, en el país de los Asirios. [...] Daba mi pan a los hambrientos, vestía a los que estaban desnudos y enterraba a mis compatriotas, cuando veía que sus cadáveres eran arrojados por encima de las murallas de Nínive» (1,3,17).

Por su testimonio de caridad, el rey lo había privado de todos sus bienes, dejándolo completamente pobre. Pero el Señor aún lo necesitaba; habiendo recuperado su puesto como administrador, no tuvo miedo de continuar con su estilo de vida. Escuchemos su relato, que también nos habla hoy a noso-

tros: «En nuestra fiesta de Pentecostés, que es la santa fiesta de las siete Semanas, me prepararon una buena comida y yo me dispuse a comer. Cuando me encontré con la mesa llena de manjares, le dije a mi hijo Tobías: «Hijo mío, ve a buscar entre nuestros hermanos deportados en Nínive a algún pobre que se acuerde de todo corazón del Señor, y tráelo para que comparta mi comida. Yo esperaré hasta que tú vuelvas»» (2,1-2). Sería muy significativo si, en la Jornada de los Pobres, esta preocupación de Tobit fuera también la nuestra. Invitar a compartir el almuerzo dominical, después de haber compartido la Mesa eucarística. La Eucaristía celebrada sería realmente criterio de comunión. Por otra parte, si en torno al altar somos conscientes de que todos somos hermanos y hermanas, ¡cuánto más visible sería esta fraternidad compartiendo la comida festiva con quien carece de lo necesario!

Tobías hizo como le había dicho su padre, pero regresó con la noticia de que habían asesinado a un pobre y lo habían abandonado en medio de la plaza. Sin vacilar, el anciano Tobit se levantó de la mesa y fue a enterrar a aquel hombre. Al volver a su casa, cansado, se durmió en el patio; sobre los ojos le cayó estiércol de unos pájaros y se quedó ciego (cf. 2,1-10). Ironía de la suerte: haces un gesto de caridad y te sucede una desgracia. El hecho nos lleva a pensar así; pero la fe nos enseña a ir más en profundidad. La ceguera de Tobit será su fuerza para reconocer aún mejor las numerosas formas de pobreza que le rodeaban. Y el Señor se encargará a su tiempo de restituir al anciano padre la vista y la alegría de volver a ver a su hijo Tobías. Cuando llegó ese día, Tobit «lo abrazó llorando y le dijo: «¡Te veo, hijo mío, luz de mis ojos!». Y añadió: «¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea su gran Nombre! ¡Benditos sean todos sus santos ángeles! ¡Que su gran Nombre esté sobre nosotros! Benditos sean los ángeles por



todos los siglos! Porque él me había herido, pero [...] ahora veo a mi hijo Tobías»» (11,13-15).

3. Podemos preguntarnos: ¿de dónde le vienen a Tobit la valentía y la fuerza interior que le permiten servir a Dios en medio de un pueblo pagano y de amar al prójimo hasta el punto de poner en peligro su propia vida? Estamos frente a un ejemplo extraordinario: Tobit era un esposo fiel y un padre atento; fue deportado lejos de su tierra y sufría injustamente; fue perseguido por el rey y por sus vecinos. A pesar de tener un alma tan buena, fue puesto a prueba. Como a menudo nos enseña la Sagrada Escritura, Dios no les evita las pruebas a los que hacen el bien. ¿Cómo es posible? No lo hace para humillarnos, sino para afianzar nuestra fe en Él.

Tobit, en el momento de la prueba, descubre su propia pobreza, que lo hace capaz de reconocer a los pobres. Es fiel a la Ley de Dios y observa los mandamientos, pero esto no le es suficiente. La atención efectiva hacia los pobres le era posible porque había experimentado la pobreza en su propia carne. Por lo tanto, las palabras que dirige a su hijo Tobías son su auténtica herencia: «No apartes tu rostro de ningún pobre» (4,7). En definitiva, cuando estamos ante un pobre no podemos volver la mirada hacia otra parte, porque eso nos impedirá encontrarnos con el rostro del Señor Jesús. Y fijémonos bien en esa expresión «de ningún pobre». Cada uno de ellos es nuestro prójimo. No importa el color de la piel, la condición social, la procedencia. Si soy pobre, puedo reconocer quién es el hermano que realmente me necesita. Estamos llamados a





chos los hombres y mujeres que viven entregados a los pobres y a los excluidos y que comparten con ellos; personas de todas las edades y condiciones sociales que practican la acogida y se comprometen junto a aquellos que se encuentran en situaciones de marginación y sufrimiento. No son súper-hombres, sino “vecinos de casa” que encontramos cada día y que en el silencio se hacen pobres y con los pobres. No se limitan a dar algo; escuchan, dialogan, intentan comprender la situación y sus causas, para dar consejos adecuados y referencias justas. Están atentos a las necesidades materiales y también espirituales, a la promoción integral de la persona. El Reino de Dios se hace presente y visible en este servicio generoso y gratuito; es realmente como la semilla caída en la tierra buena de estas personas que da fruto (cf. *Lc 8,4-15*). La gratitud hacia tantos voluntarios pide hacerse oración para que su testimonio pueda ser fecundo.

6. En el 60 aniversario de la Encíclica *Pacem in terris*, es urgente retomar las palabras del santo Papa Juan XXIII cuando escribía: «Observamos que [el hombre] tiene un derecho a la existencia, a la integridad corporal, a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida, cuales son, principalmente, el alimento, el vestido, la vivienda, el descanso, la asistencia médica y, finalmente, los servicios indispensables que a cada uno debe prestar el Estado. De lo cual se sigue que el hombre posee también el derecho a la seguridad personal en caso de enfermedad, invalidez, viudedad, vejez, paro y, por último, cualquier otra eventualidad que le

vez más nuevas formas de pobreza que se suman a las que se han descrito anteriormente. Pienso de modo particular en las poblaciones que viven en zonas de guerra, especialmente en los niños privados de un presente sereno y de un futuro digno. Nadie podrá acostumbrarse jamás a esta situación; mantengamos vivo cada intento para que la paz se afirme como don del Señor Resucitado y fruto del compromiso por la justicia y el diálogo.

Tampoco puedo olvidar las especulaciones que, en diversos sectores, llevan a un dramático aumento de los costes que vuelven a muchísimas familias aún más indigentes. Los salarios se acaban rápidamente, obligando a privaciones que atentan contra la dignidad de las personas. Si en una familia se debe elegir entre la comida para subsistir y las medicinas para recuperar la salud, entonces debe hacerse escuchar la voz del que reclama el derecho de ambos bienes, en nombre de la dignidad de la persona humana. ¿Cómo no llamar la atención, además, sobre el desorden ético que marca el mundo del trabajo? El trato deshumano que se reserva a tantos trabajadores y trabajadoras; la retribución que no corresponde al trabajo realizado; el flagelo de la precariedad; las excesivas víctimas de accidentes, provocadas a menudo por una mentalidad que prefiere el beneficio inmediato en detrimento de la seguridad. Vuelven a la mente las palabras de san Juan Pablo II: «El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo. [...] El hombre está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo está “en función del hombre” y no el hombre

hermanos y hermanas con sus cualidades y defectos, como todos, y es importante entrar en una relación personal con cada uno de ellos.

El Libro de Tobías nos enseña cómo actuar de forma concreta con y por los pobres. Es una cuestión de justicia que nos compromete a todos a buscarnos y encontrarnos recíprocamente, para favorecer la armonía necesaria, de modo que una comunidad pueda identificarse como tal. Por tanto, el interés por los pobres no se agota en limosnas apresuradas; exige restablecer las justas relaciones interpersonales que han sido afectadas por la pobreza. De ese modo, “no apartar el rostro del pobre” conduce a obtener los beneficios de la misericordia, de la caridad que da sentido y valor a toda la vida cristiana.

9. Nuestra atención hacia los pobres siempre está marcada por el realismo evangélico. Lo que se comparte debe responder a las necesidades concretas de los demás, no se trata de liberarse de lo superfluo. También en esto es necesario el discernimiento, bajo la guía del Espíritu Santo, para reconocer las verdaderas exigencias de los hermanos y no nuestras propias aspiraciones. Lo que de seguro necesitan con mayor urgencia es nuestra humanidad, nuestro corazón abierto al amor. No lo olvidemos: «Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 198). La fe nos enseña que cada uno de los pobres es hijo de Dios y que en él o en ella está presente Cristo: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (*Mt 25,40*).

10. Este año se conmemora el 150 aniversario del nacimiento de santa Teresa del Niño Jesús. En una página de su Historia de un alma escribió: «Sí, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les vemos practicar. Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no debe quedarse encerrada en el fondo del corazón: Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del candelero, sino para ponerla en el candelero y que alumbrar a todos los de la casa. Yo pienso que esa lámpara representa a la caridad, que debe alumbrar y alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin exceptuar a nadie» (*Ms C*, 12r^o: *Obras completas*, Burgos 2006, 287-288).

En esta casa que es el mundo, todos tienen derecho a ser iluminados por la caridad, nadie puede ser privado de ella. Que la perseverancia del amor de santa Teresita pueda inspirar nuestros corazones en esta Jornada Mundial, que nos ayude a “no apartar el rostro del pobre” y a mantener nuestra mirada siempre fija en la faz humana y divina de nuestro Señor Jesucristo.

Roma, San Juan de Letrán,
13 de junio de 2023,
Memoria de san Antonio de Padua, patrono
de los pobres.

FRANCISCO



encontrar a cada pobre y a cada tipo de pobreza, sacudiendo de nosotros la indiferencia y la banalidad con las que escudamos un bienestar ilusorio.

4. Vivimos un momento histórico que no favorece la atención hacia los más pobres. La llamada al bienestar sube cada vez más de volumen, mientras las voces del que vive en la pobreza se silencian. Se tiende a descuidar todo aquello que no forma parte de los modelos de vida destinados sobre todo a las generaciones más jóvenes, que son las más frágiles frente al cambio cultural en curso. Lo que es desagradable y provoca sufrimiento se pone entre paréntesis, mientras que las cualidades físicas se exaltan, como si fueran la principal meta a alcanzar. La realidad virtual se apodera de la vida real y los dos mundos se confunden cada vez más fácilmente. Los pobres se vuelven imágenes que pueden conmover por algunos instantes, pero cuando se encuentran en carne y hueso por la calle, entonces intervienen el fastidio y la marginación. La prisa, cotidiana compañera de la vida, impide detenerse, socorrer y hacerse cargo de los demás. La parábola del buen samaritano (cf. *Lc 10,25-37*) no es un relato del pasado, interpela el presente de cada uno de nosotros. Delegar en otros es fácil; ofrecer dinero para que otros hagan caridad es un gesto generoso; la vocación de todo cristiano es implicarse en primera persona.

5. Agradecemos al Señor porque son mu-

prive, sin culpa suya, de los medios necesarios para su sustento» (n. 11).

Cuánto trabajo tenemos todavía por delante para que estas palabras se hagan realidad, también por medio de un serio y eficaz compromiso político y legislativo. Que pueda desarrollarse la solidaridad y la subsidiariedad de tantos ciudadanos que creen en el valor del compromiso voluntario de entrega a los pobres, no obstante los límites y en ocasiones las deficiencias de la política en ver y servir al bien común. Se trata ciertamente de estimular y hacer presión para que las instituciones públicas cumplan bien su deber; pero no sirve permanecer pasivos en espera de recibir todo “desde lo alto”; quienes viven en condiciones de pobreza también han de ser implicados y acompañados en un proceso de cambio y de responsabilidad.

7. Lamentablemente, debemos constatar una

“en función del trabajo”» (Carta enc. *Laborem exercens*, 6).

8. Esta enumeración, ya de por sí dramática, describe sólo parcialmente las situaciones de pobreza que forman parte de nuestra cotidianidad. No puedo pasar por alto, en particular, un modo de sufrimiento que cada día es más evidente y que afecta al mundo juvenil. Cuántas vidas frustradas e incluso suicidios de jóvenes, engañados por una cultura que los lleva a sentirse “incompletos” y “fracasados”. Ayudémosles a reaccionar ante estas instigaciones nefastas, para que cada uno pueda encontrar el camino a seguir para adquirir una identidad fuerte y generosa.

Es fácil, hablando de los pobres, caer en la retórica. También es una tentación insidiosa la de quedarse en las estadísticas y en los números. Los pobres son personas, tienen rostros, historias, corazones y almas. Son

En el 30º aniversario de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede y en vista del próximo viaje del Papa

La visita del arzobispo Gallagher a Mongolia

Del 4 al 8 de junio de 2023, en el marco del 30º aniversario de las relaciones diplomáticas, monseñor Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, visitó Mongolia. Al llegar a Ulán Bator en una primera hora de la mañana del domingo 4 de junio, el arzobispo Gallagher, acompañado por monseñor Mislav Hodžić, funcionario de la Sección para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, fue recibido en el aeropuerto internacional de Buyant-Ukhaa por el Prefecto Apostólico, el cardenal Giorgio Marengo, y por el secretario de la Nunciatura, monseñor Fernando Duarte Barros Reis. También estuvieron presentes el viceministro de Asuntos Exteriores, Amartuvshin Gombosuren, y la embajadora de Mongolia ante la Santa Sede, Davaasuren Gerelmaa.

Por la tarde del mismo día, solemnidad de la Santísima Trinidad, monseñor Gallagher presidió la celebración eucarística en la catedral de los Santos Pedro y Pablo, expresando su profunda gratitud a los misioneros por su inquebrantable testimonio de fe y su generoso compromiso en la obra de evangelización en aquella vasta tierra, exhortándoles a seguir brillando como faros de esperanza y ejemplos de bondad. El celebrante recordó que, aunque la comunidad católica es poco numerosa, a menudo es en las cosas humildes y aparentemente insignificantes donde se realizan las obras más grandes de Dios, como el pequeño grano de mostaza que crece hasta convertirse en un árbol poderoso que da sombra y cobijo a todos los que lo buscan. Tras la misa tuvo lugar un encuentro fraterno con la comunidad misionera presente en Mongolia, durante el cual se compartieron las esperanzas y dificultades que encuentran los misioneros en su vida cotidiana.

El lunes 5 de junio tuvo lugar el encuentro con la delegación mongola, presidida por el ministro de Asuntos Exteriores, Batmunkh Battsetseg. Al término de la reunión, el ministro de Asuntos Exteriores de Mongolia ofreció un almuerzo de trabajo. Al día siguiente, en el palacio presidencial, monseñor Gallagher se reunió con el presidente de la República, Ukhnaagiin Khürelsükh. Durante los encuentros bilaterales entre la Santa Sede y Mongolia, se evocaron los contactos históricos, que se remontan al siglo XIII, el crecimiento económico y democrático de Mongolia en las tres últimas décadas, así como el desarrollo de las relaciones bilaterales desde el establecimiento de las relaciones diplomáticas en 1992, así como las perspectivas de futuro y la cooperación en los ámbitos cultural y social. En este contexto, se subrayó la contribución que la Iglesia católica aporta a la sociedad mongola, y se debatieron las

formas de mejorar las condiciones de vida y de servicio de los misioneros católicos en Mongolia. En particular, se compartió la satisfacción y la expectativa de ambas partes por la próxima visita del Santo Padre Francisco a Mongolia, por invitación del presidente de Mongolia y de

al Khan Güyük.

En la noche del mismo día, en el hotel Shangri-La, tuvo lugar un recibimiento organizado por la embajadora extraordinario y plenipotenciario de la República Italiana en Mongolia, Laura Botà, con ocasión de la fiesta nacional de la República ita-

frente a desafíos globales como conflictos, cambio climático, pobreza y desigualdades, con el objetivo de un mundo de paz, justicia y dignidad para toda la humanidad.

El miércoles 7 de junio, la delegación vaticana visitó el

monseñor Gallagher subrayó la importancia de la lengua para comprender las características distintivas de un pueblo y su cultura, elogiando los esfuerzos de los misioneros católicos en la elaboración de diccionarios y obras lingüísticas, que contribuyen a los estudios antropológicos

así como del padre Stephano Kim, sacerdote coreano fidei donum y primer colaborador del Cardenal Marengo, fallecido repentinamente pocos días antes de la visita. En el cementerio, situado en las montañas y acariciado por el viento, tuvo lugar una oración por los hermanos fallecidos. Por la tarde del mismo día, monseñor Gallagher asistió a una representación cultural representada en un teatro tradicional y saludó al personal de la Prefectura Apostólica de Ulán Bator. El jueves 8 de junio concluyó la visita y la delegación regresó al Vaticano.

Esta visita con ocasión del 30º aniversario de las relaciones diplomáticas, inicialmente prevista para diciembre de 2022 y posteriormente aplazada, consolidó las relaciones entre la Santa Sede y Mongolia. La delegación vaticana aseguró que la Iglesia católica seguirá contribuyendo al bienestar de la sociedad, en particular en los ámbitos de la educación, la sanidad y las obras de caridad, contando con la cooperación concreta de las instituciones civiles. La visita de monseñor Gallagher a Ulán Bator fue en cierto modo un paso preparatorio para el próximo viaje apostólico del Papa Francisco a Mongolia. La visita del Santo Padre a este país, conocido por la belleza de sus paisajes y la extraordinaria resiliencia de su pueblo, tendrá un impacto positivo en las relaciones bilaterales, aumentando el entendimiento mutuo y la cooperación, así como en la vida de la Iglesia católica y la promoción del diálogo interreligioso.



las autoridades eclesiales del país, prevista del 31 de agosto al 4 de septiembre. Al final de la visita, la delegación de la Santa Sede se trasladó al Museo Genghis Khan, donde monseñor Gallagher tuvo ocasión de firmar en el libro de honor. Una sección de esta renovada e impresionante institución era la que contenía facsímiles de la correspondencia del Khan Arghun al Papa Nicolás IV, la carta del Khan Ghazan al Papa Bonifacio VIII y la misiva del Papa Inocencio IV

liana y en honor del arzobispo Gallagher. En el evento participaron el viceministro de Asuntos Exteriores Gombosuren, representantes del Cuerpo Diplomático, autoridades civiles y religiosas y la comunidad italiana residente en Mongolia. En su intervención, monseñor Gallagher habló sobre el concepto de «cultura del encuentro», revelando que, en un mundo interconectado, los encuentros tienen el poder de superar barreras, promover la comprensión y reforzar la cooperación internacional

Centro Anton Mostaert, especializado en estudios mongoles, que cuenta con una biblioteca científica y está comprometido en numerosas iniciativas académicas para promover la lengua, la cultura y la historia de Mongolia. En su discurso, monseñor Gallagher habló de la relación entre cristianismo y cultura en Mongolia, destacando el proceso de inculturación, que consiste en incorporar el Evangelio a las culturas indígenas e integrar estas culturas en la vida de la Iglesia. En esta ocasión,

y mejoran la comprensión entre sociedades diferentes. Para concluir, se expresó aprecio por la próxima presentación del Diccionario mongol-francés, que simboliza el compromiso de la Iglesia con la cultura mongola y sirve de puente para fomentar el entendimiento y la inculturación. Tras el acto cultural, monseñor Gallagher partió hacia el cementerio, a una hora de la capital, donde descansan los restos de monseñor Wenceslao Padilla, primer Prefecto Apostólico de Ulán Bator,

La declaración de los premios Nobel firmada por el cardenal Parolin

Diferentes pero hermanos y hermanas

Los premios Nobel que participaron en el Meeting firmaron en la plaza de San Pedro la Declaración sobre la fraternidad humana. El documento, redactado por los mismos durante los trabajos de la mañana en el Palacio de la Cancillería, ha sido firmado por la Santa Sede por el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado. Publicamos, a continuación, el texto.

«Somos diversos, somos diferentes, tenemos diferentes culturas y religiones, pero somos hermanos y queremos vivir en paz» (Papa Francisco).

Cada hombre es mi hermano, cada mujer es mi hermana, siempre. Queremos vivir juntos, como hermanos y hermanas, en el Jardín que es la Tierra. El Jardín de la fraternidad es la condición de la vida para todos. Somos testigos de cómo en todos los rincones del mundo la armonía perdida florece cuando se respeta la dignidad, se secan las lágrimas, se remunera el trabajo de manera justa, se garantiza la educación, se cuida la salud, se aprecia la diversidad, se sana la naturaleza, se honra la justicia y las comunidades abrazan la soledad y el miedo.

Juntos elegimos vivir nuestras relaciones basadas en la fraternidad, que es alimentada por el diálogo y el perdón, que «no implica olvido» (ft, n. 250), sino renunciar «a ser poseídos por esa

misma fuerza destructiva» (FI, n. 251) de la que todos sufrimos las consecuencias.

«La verdadera reconciliación no escapa del conflicto sino que se logra en el conflicto, superándolo a través del diálogo y de la negociación transparente, sincera y paciente» (244). Esto en el contexto de la arquitectura de los derechos humanos.

Lo queremos gritar al mundo en nombre de la fraternidad: ¡No más la guerra! Es la paz, la justicia, la igualdad la que guía el destino de toda la humanidad. ¡No al miedo, a la violencia sexual y doméstica! Que cesen los conflictos armados. Basta ya de armas nucleares y de minas antipersonas. No más migraciones forzadas, limpiezas étnicas, dictaduras, corrupción y esclavitud. Detengamos el uso manipulador de la tecnología y de la inteligencia artificial, antepongamos y fecundemos de fraternidad el desarrollo tecnológico.

Animamos a los países a promover esfuerzos conjuntos para crear sociedades de paz, como, por ejemplo, la institución de un Ministerio para la Paz.

Nos comprometemos a limpiar la tierra manchada por la sangre de la violencia y del odio, de las desigualdades sociales y de la corrupción del cora-

zón. Al odio respondemos con amor. La compasión, el compartir, la gratuidad, la sobriedad y la responsabilidad son para nosotros las opciones que nutren la fraternidad personal, la del corazón.

Hacer crecer la semilla de la fraternidad espiritual comienza por nosotros. Basta plantar una pequeña semilla al día en nuestros mundos relacionales: la propia casa, el barrio, la escuela, el lugar de trabajo, la plaza y las instituciones en las que se toman las decisiones.

Creemos también en la fraternidad social que reconoce igual dignidad para todos, alimenta la amistad y la pertenencia, promueve la educación, la igualdad de oportunidades, condiciones de trabajo dignas y la justicia social, la acogida, la solidaridad y la cooperación, la economía social solidaria y una justa transición ecológica, una agricultura sostenible que garantice el acceso al alimento para todos, para promover relaciones armoniosas, arraigadas en el respeto recíproco y en el cuidado del bienestar para todos.

En este horizonte es posible desarrollar acciones de proximidad y leyes humanas, porque «la fraternidad tiene algo positivo que ofrecer a la libertad y a la igualdad» (FI, 103).

Juntos queremos construir una frater-

nidad ambiental, hacer la paz con la naturaleza reconociendo que «todo está relacionado»: el destino del mundo, el cuidado de la creación, la armonía de la naturaleza y estilos de vida sostenibles.

Deseamos edificar el futuro sobre las notas del Cántico de las Criaturas de san Francisco, el canto de la Vida sin fin. La trama de la fraternidad universal teje la urdimbre de las estrofas del Cántico: todo está en relación y en relación con todo y con todos está la Vida.

Por tanto, nosotros, reunidos con ocasión del primer Encuentro Mundial de la Fraternidad Humana, dirigimos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad nuestro llamamiento a la fraternidad. Nuestros hijos, nuestro futuro, sólo pueden prosperar en un mundo de paz, justicia e igualdad, en beneficio de la única familia humana: sólo la fraternidad crea humanidad.

Está en nuestra libertad querer la fraternidad y construirla juntos en unidad. Firma con nosotros este llamamiento para abrazar este sueño y transformarlo en praxis cotidiana, para que llegue a las mentes y a los corazones de todos los gobernantes y a quien, a todos los niveles, tiene una pequeña o gran responsabilidad cívica.

Ha salido desde la base californiana de Vandenberg el satélite que transportar el nano-libro con el texto que pronunció en la plaza de San Pedro el 27 de marzo de 2020

En el espacio las palabras de esperanza del Pontífice

MICHELE RAVIART

Una palabra de esperanza puede ser infinitamente pequeña, pero puede alcanzar a cualquiera y llegar a cualquier parte, incluso al espacio. Esto es lo que ha ocurrido a las 23:19 (hora italiana) de este lunes 12 de junio, desde la base espacial de Vandenberg, en California, cuando las palabras del Papa que unieron a la humanidad frente a la pandemia, pronunciadas en soledad por Francisco en una Plaza de San Pedro bañada por la lluvia el 27 de marzo de 2020, han sido lanzadas en órbita alrededor de la Tierra, almacenadas en un nanolibro y por un satélite.

Un trabajo en equipo

“Spei Satelles”, “custodio de la esperanza”, es el nombre de la misión espacial, promovida por el Dicasterio para la Comunicación de la Santa Sede, coordinada por la Agencia Espacial Italiana y en la que han participado el Centro Nacional de Investigación, que ha creado el nanolibro, el Departamento de Ingeniería Mecánica y Aeroespacial del Politécnico de Turín, que ha construido el satélite, y estudiantes del Instituto Universitario Salesiano de Venecia, que han diseñado el logotipo del evento. También participó el IDCGE de Buenos Aires, mientras que al Apostolado Digital de Turín se le confió la coordinación pastoral y cultural de la misión.

Las palabras del Papa en pocos milímetros

El nanolibro, creado por el Instituto de Fotónica y Nanotecnología del CNR, es una pequeña placa de silicio de unos dos milímetros por dos, que llevará grabado en código binario en su interior el mensaje del Papa y las imágenes de la *Statio Orbis* de 2020, recogidas en el libro “¿Por qué tienes miedo, aún no tienes fe?”, de Libreria Editrice Vaticana. Fue una elección obligada traducir las palabras de Francisco en series de “o” y “i”, porque era imposible adaptar las fuentes de impresión tradicionales a unas dimensiones tan reducidas. Para dar una idea, cada agujero grabado en el carácter “i” - el “o” permanece como un espacio en blanco - tiene menos de una milésima del grosor de un cabello humano.

Detalles del lanzamiento del satélite

Cubesat 3U es el tipo de satélite diseñado en cinco meses por el Politécnico de Turín en el que se insertará y enviará al espacio el nanolibro. Es un paralelepípedo que mide 34 x 10 x 10 centímetros y pesa casi tres kilos. En el interior, además del nanolibro, hay dos ordenadores de a bordo, una batería, sensores para mediciones, pequeños imanes para estabilización y dos sistemas de comunicación UHF de frecuencia ultraalta. Estos últimos transmitirán, a través de dos antenas, algunos mensa-

jes de esperanza que el Papa Francisco pronunció durante su magisterio y que pueden ser captados por radioaficionados de todo el mundo.

La palabra del Papa cada vez que sale el sol

Tras el lanzamiento, el satélite, cuyos sistemas de alta tecnología fueron bendecidos por el Papa Francisco el 29 de marzo, llegó al espacio a través de un cohete Space X Falcon 9 y, gracias al vehículo de transferencia orbital ION de la empresa italiana D-ORBIT, se situará a 525 kilómetros sobre la Tierra en sincronía con la rotación del sol, de modo que podrá sobrevolar cada punto de la superficie terrestre a la misma hora solar local. Cada vez que se salga, quienes estén conectados a la frecuencia de 437,5 Mhz recibirán una palabra de consuelo y aliento en el camino hacia la esperanza.

Compromiso con la misericordia

Además, el nombre de quienes se hayan inscrito en el sitio web oficial de *Spei Satelles*



rio para la Comunicación y creador de todo el proyecto *Spei Satelles*.

“Hoy, este proyecto se hace realidad gracias a las muchas instituciones y personas que han decidido unirse y formar equipo. La inmensidad del espacio siempre nos hace soñar, y hoy tenemos que volver a soñar todos juntos, con la esperanza de que la tan implorada paz vuelva al mundo comprometiéndonos a todos. Tomo esta unión y esta comunión”, reiteró, “como un primer gran fruto y signo de esperanza. Trabajar juntos para llevar este signo de esperanza nos hace más amigos, hermanos y hermanas entre nosotros, *Fratelli tutti*”.

La misión *Spei Satelles*, afirmó Silvia Natalucci, responsable de la Agencia Espacial Italiana, es “un ejemplo perfecto de cómo el uso pacífico de la tecnología puede contribuir a la creación de una cultura compartida de paz y esperanza entre los pueblos”.

Para Andrea Notargiacomo, investigador jefe del CNR, la iniciativa “representa una combinación única de ciencia, tecnología, cultura y fe, demostrando cómo la interacción entre diferentes habilidades, ideas y pensamientos puede generar una fuerte innovación y, al mismo tiempo, ser una valiosa fuente de enriquecimiento humano y social”. “Tendremos la oportunidad de aumentar nuestros conocimientos, tanto técnicos como científicos, y contribuir juntos a difundir palabras de esperanza para nuestro futuro”, comentó Sabrina Corpino, que guió a los estudiantes politécnicos en la realización del satélite.

Un gesto de fraternidad y esperanza

Toda la misión, leemos en la web oficial de *Spei Satelles*, es “un gesto fuerte, evocador, universal, envolvente, que llama a la humanidad a la esperanza y a la necesidad de cultivarla con gestos concretos, materiales o espirituales como el que hizo el Papa en aquella plaza vacía”.

Es también un testimonio de lo fructífera que puede ser la relación entre ciencia, tecnología y fe, así como un mensaje de inclusividad dado el número de personas, especialmente jóvenes, que idealmente han colaborado con el Papa en el proyecto. La misión responde también a “la necesidad de una llamada fuerte, en tiempos de guerra, a un signo de paz, de fraternidad, de compartir”. “Una tec-

nología”, volvemos a leer, “simbólica, que sea semilla de esperanza”.

La misión ártica a Svalbard en 2022

En este sentido, debe considerarse también la misión que tuvo lugar en el archipiélago noruego de Svalbard en 2022, cuando, a 1200 kilómetros del Polo Norte, una delegación de la que también formaba parte Lucio Adrián Ruiz, Secretario del Dicasterio para la Comunicación y creador de todo el proyecto *Spei Satelles*, se dirigió al banco mundial que almacena allí las semillas de plantas de todo el mundo para depositar allí también el nanolibro del Papa. Incluso de las palabras, en efecto, pueden brotar frutos.

José Cobo Cano, arzobispo metropolitano de Madrid

Nombramiento episcopal en España

Nació en Sabiote, diócesis de Jaen, el 20 de septiembre de 1965. Se licenció en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid en 1988 y ese mismo año entró en el seminario conciliar de La Inmaculada y San Dámaso, en Madrid, donde realizó los estudios eclesiológicos de Teología. Fue ordenado sacerdote el 23 de abril de 1994 en Madrid.

Fue capellán de Hermandades del Trabajo (1994-2000) y vicario parroquial de San Leopoldo (1995-2000); entre 1994 y 1996 cursó los estudios de Moral en el Instituto Redentorista de Ciencias Morales de la Universidad Pontificia de Comillas.

Fue párroco de San Alfonso María de Ligorio (2000-2015), miembro del Consejo presbiteral (2000-2012) y vicario episcopal de la Vicaría II (2015-2018). Nombrado obispo titular de Beatia y auxiliar de Madrid el 29 de diciembre de 2017, recibió la ordenación episcopal el 17 de febrero de 2018.

En la CEE es miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral social y Promoción humana. Dentro de esta Comisión, es el obispo responsable del departamento de Migraciones.

se colocará en un chip adicional que llevará el satélite. Cientos de ellos lo han hecho, comprometiéndose a realizar una acción de misericordia en la Tierra. María, de México, por ejemplo, expondrá mensajes de paz en su tienda. Andrea, un estudiante estadounidense de 17 años, escribirá una carta de agradecimiento a sus profesores por el amor y la dedicación con que viven su misión, mientras que el padre Renato, desde Italia, se compromete a ayudar a los jóvenes a expresar intelligen-

cia, respeto y empatía en Internet. Dado su éxito, será posible inscribirse incluso después del lanzamiento y los nombres se escribirán a distancia en el chip de memoria desde la estación de control en tierra.

Soñar con el Espacio para ser Fratelli tutti

“El mensaje del Papa Francisco en el Espacio es un signo y una imagen de ternura y bendición para el mundo”, explicó el Padre Lucio Adrián Ruiz, Secretario del Dicaste-

Entrevista con el teólogo

La teología sapiencial a la

La tragedia del ho

ANDREA MONDA
ROBERTO CETERA

Elmar Salmann, monje benedictino alemán de la abadía de Gerleve en Westfalia, es un icono viviente de la teología sapiencial. Con su enseñanza de unos treinta años en el Anselmianum y en la Gregoriana se han formado decenas de jóvenes teólogos que en sus escritos son inmediatamente reconocibles por las huellas derivadas de su pensamiento. Un pensamiento, sí, sapiencial, pero que también se basa en la originalidad, la creatividad, la ironía y un apasionado gusto por la paradoja. Ingredientes que han hecho del padre Salmann una de las voces más autorizadas de la teología contemporánea.

El 16 de mayo pasado muchos de sus ex alumnos se encontraron en el aula capitular del Ateneo de SanAnselmo para celebrar, en un evento organizado por el rector Bernhard Eckerstorfer OSB, el 75º cumpleaños del padre Salmann, con las contribuciones del abad primado benedictino Gregory Polan, de monseñor Armando Matteo, secretario del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, y de la teóloga Isabella Bruckner, docente en SanAnselmo y premio Rahner 2022.

Al margen de este encuentro, el padre Salmann aceptó dialogar plenamente con «L'Osservatore Romano». Lo que a lo largo de los años ha hecho al padre Salmann particularmente apreciado en el mundo académico y teológico, junto con la profundidad y originalidad de sus reflexiones, es sin duda el color, a la vez ingenioso, elaborado e irónico, de su lenguaje, que no ha dejado de usar también en este diálogo.

Padre Salmann, hace ya algunos años que usted se ha retirado de la enseñanza, y ha regresado a su monasterio, evita las ocasiones públicas. Por eso tenemos curiosidad de interpellarle sobre tres cuestiones de algún modo fundamentales: cómo está el mundo, cómo está la Iglesia y... ¿cómo está usted?

El teólogo sonríe, de corazón, y pregunta: «... ¿y en qué orden empezamos?».

Empecemos por el mundo; un mundo que está cambiando a una velocidad inusitada y en profundidad. Sobre todo nos interrogamos sobre lo que nos parece el cambio más importante, mucho más allá de la globalización o la digitalización, es decir, el cambio antropológico. En una reciente entrevista a nuestro periódico, el cardenal Hollerich dijo: «Tengo miedo de que nuestra pastoral hable a un hombre y a una mujer que ya no existen».

Estoy muy de acuerdo con esta afirmación. Le diré más: estamos confinados a una insignificancia total en el mundo occidental actual. Obviamente el mío es un punto de vista muy parcial, pero me esfuerzo por acompañar y comprender las vicisitudes de los tiempos que vivimos, de la profunda mutación de la socie-

dad y diría de la “tela” humana. Quisiera ser preciso en este punto: no pretendo tener razón, sino ofrecer perspectivas, ampliar el radio de nuestras intuiciones. Voy un poco hacia atrás, al inicio de la contradicción de los tiempos actuales. Como para uno de sus directores famosos, me viene a la memoria el recuerdo de mi juventud en la época de la invasión rusa de Hungría y el estado inerte de Occidente en aquella ocasión histórica. Y más tarde, en el 68, esa otra contradicción histórica: los jóvenes checos que con las manos desnudas se enfrentaban en las calles de Praga a los tanques soviéticos, y por otro lado los jóvenes occidentales que, por el contrario, en las universidades europeas alababan a Mao Dse Dong. Contradicciones que a veces convergían en inspiración y estilo. La diversidad y el impacto (¿perdido?) de mundos incompatibles que no se miran: esto siempre me ha atraído y asustado. Así, una constelación totalmente asimétrica en los albores de mi estancia en Roma: vi desfilar una gigantesca manifestación sindical, un millón de personas en la plaza de San Giovanni contra la abolición de la escalera mecánica. Me quedé muy turbado, sacudido, por la pasión extrema que los manifestantes mostraban en defender un instituto que ya sólo el sentido común pedía modificar. Todavía no me había recuperado de la turbación cuando me encontré por la tarde de un modo completamente diferente cerca del Vaticano. Y también allí fui arrollado por una multitud ruidosa —sin duda más pequeña y moderada— con la misma intensidad. La ocasión era la dedicación del mundo a la Virgen de Fátima. La coexistencia de estos dos mundos en el mismo día y en la misma ciudad me hizo reflexionar. Como fenomenólogo me sentía suscitado por estos acontecimientos, a menudo asustado, a veces animado, siempre desafiado. Con el mismo enfoque intrigado he acompañado la gran estación del Concilio Vaticano II. Con una mirada desencantada, porque de joven no pertenecía tanto al ambiente eclesial, nunca fui monaguillo o catequista, decidí estudiar teología sólo al final del instituto. Y para ser sincero, creo que en esta elección, más que mi voluntad, jugó uno de esos movimientos extemporáneos y paradójicos que a menudo usa el Espíritu Santo: fue la idea de la Trinidad la que me atrajo. La misma Iglesia no dejaba de evolucionar en una aparente distonía de imágenes: de la figura austera e hierática, que parecía salida de un libro de Thomas Mann, de Pío XII, a la del campesino bonachón y gordito de

Roncalli (así recuerdo el día de su elección ante la televisión, en la taberna).

Cada Papa es un unicum, con un estilo propio. Y esto es, sin duda, una riqueza. Al fin y al cabo, es una historia que se repitió hace diez años.

Exactamente. Es así. Estos cambios de ritmo son bastante saludables. Lo digo también desde el punto de vista de mi experiencia de monje. Un convento sabio siempre elige un abad que tiene características opuestas a su predecesor. Porque el cambio siempre es positivo y no hay que tenerle miedo. Pero volvamos a la pregunta inicial. ¿Qué es lo que es peculiar de los tiempos actuales a la luz de todos estos cambios que hemos experimentado en los últimos 60 años? Me parece que hemos llegado a un final de línea, a un umbral, a un límite del estilo de vida que el hombre ha asumido en las últimas décadas. Es el estilo de lo que yo llamo el “hombre democrático”, que no es una mera forma política, sino la índole intrínseca al estilo del hombre contemporáneo. El hombre democrático es aquel que democratiza todo, que, representando una constelación de minorías y relativos derechos, acaba por minar las bases de la democracia, como forma organizada de la vida civil. Así, por ejemplo, los partidos se (con)funden en los movimientos, como enseñan las experiencias en Italia de Berlusconi o de los Cinco Estrellas, en Francia de Macron y En Marche, Podemos en España, y los Grünen o la extrema derecha entre nosotros en Alemania. La otra cara de esta fluidez organizativa es el surgimiento de los “hombres fuertes”: Trump, Erdogan, Morawiecki, Orban, Xi Ping, por nombrar algunos. Es decir, el hombre democrático al mismo tiempo lleva a cumplimiento, pero también consume y destruye el orden democrático. En los años 90 del siglo pasado se creía que la democracia de los derechos era la carta de triunfo en política, pero esta idea sólo ha generado una cultura marcada por el maniqueísmo, que ha dañado la democracia. Y no sólo ella, porque este maniqueísmo surgido entre los partidos y en los partidos, se ha extendido después a la cultura y a la sociedad provocando esa polarización global que es la verdadera cifra de nuestro tiempo. Un maniqueísmo y una polarización que ha contagiado también a los obispos y a la Iglesia. No es casualidad que la tendencia al totalitarismo impregne gran parte del mundo, independientemente de las diversas condiciones históricas y sociales. Me sorprende —y me confirma— el caso de Israel, que es paradigmático de este fenómeno: la única democracia de Oriente Próximo, que sin embargo corre el riesgo de implosionar ante los impulsos combinados de la polarización y el autoritarismo. Estamos ante un fenómeno planetario, que como tal debería interpelarnos seriamente. Y preguntamos cómo el hombre democrático puede invertir la perspectiva y reconstruir una forma institucional basada en la representatividad.

La misma dicotomía la atraviesa la religión: somos agnósticos y espirituales. Los dos peligros de los que continuamente nos advierte el Papa Francisco: neopelagianismo y neognosticismo. Por lo que la religiosidad común oscila del sincretismo oriental al rigorismo fanático, y así sucesivamente a través de un muestrario espiritual de supermercado. Y también aquí la pregunta es cómo el hombre, agnóstico o espiritualizante, puede encontrar un formato institucional para que la religión pueda expresarse. Pero hoy todavía estamos dentro de la fase destructiva; pensad en las perplejidades ya dominantes sobre la forma ontológica, jurídica y mística de los sacramentos. La práctica sacramental está a punto de hundirse. ¿Qué poner en su lugar? —No lo sabemos. Son problemas serios para el mundo y para la Iglesia. Y son problemas serios también para el individuo “hombre democrático”. Piensen en el culto de la “gran salud”, en el mito de la longevidad; todavía somos hijos a los 70 años, como describe gustosamente en sus libros Armando Matteo. Estamos saturados y debilitados para que la palabra “redención” vuelva a la mente solo un minuto antes de morir. Hay una desesperación generalizada detrás de la pantalla, el velo de la vitalidad perpetua. El mito del fitness y de la eterna juventud esconde una an-



gustia existencial, que se expresa, por ejemplo, en el debate sobre la eutanasia y el final de la vida. Hemos revuelto la vida, y la vida ahora se toma su venganza. El hecho es que nuestro moralismo eclesial no ayuda a entrar en la carne herida de esta angustia. La misma dinámica de pensamiento vale para la ecología: hemos perdido la escatología, y ahora la recuperamos bajo la apariencia de una catástrofe culpable. Queremos remediar la catástrofe con medios que nunca serán suficientes, y esto crea una mezcla de fanatismo y de resignación desconsolada. Y lo mismo vale para la justicia: el hombre democrático quiere hacer justicia a la singularidad de cada uno y a la igualdad de todos. Pero nadie puede resistir a esta pretensión, a este dogma del 68, que era un matrimonio entre liberalismo y socialismo, y nos ha acorralado en su contradictoriedad. Lo mismo ocurre con la sensibilidad. Un término que en los años de mi juventud sonaba casi como una ofensa. Mientras que hoy es un imperativo ser sensibles a la sensibilidad de cada uno, de cada minoría y contra minoría. Seamos claros, es una gran conquista de la humanidad, que desciende de una nueva historiografía introducida por la escuela de Frankfurt y del trauma de la Shoah. Pero el punto es que hoy todo el mundo se siente minoría y víctima de algo. En suma, han vencido las minorías, de modo que ya no existen mayorías: la democracia se destruye a sí misma por causa del hombre democrático, que se jacta de la representatividad de cada uno y odia la mediación.

Si esta es, pues, su visión del mundo actual, pasando a la segunda cuestión: ¿cómo están hoy las religiones, cómo está la Iglesia?

Hay un nexo inmediato entre lo que he dicho hasta ahora y el estado de las religiones. Si en los años de mi juventud la Iglesia institucional en Occidente representaba el paradigma, el horizonte de la cultura y de la política —también de quien se le oponía— se está precipitando hoy inexorablemente hacia un abismo. Estábamos en las cimas de la apreciación social, hoy somos considerados de ínfima importancia, estamos terminando en el olvido de la vida cotidiana.

El Papa Francisco lo ha evidenciado sin medias tintas. La cristiandad ha terminado. Y quizás esto es también



logo Elmar Salmann

prueba de la modernidad

hombre democrático



providencial, porque nos ofrece una oportunidad de purificación.

Exactamente. Papá tiene razón. Estamos condenados o quizás beneficiados por la marginalidad. Estamos buscando otra práctica. ¿Dónde? Eso se dice fácil. Difícil de detectar. Quizá sea imposible. Si no en el Espíritu. Como vivir una religión que tiene la pretensión de ser veraz y verdadera, aceptando no ser escuchados por la mayoría de los hombres y mujeres, sin convertirse en una denominación sectaria, quejumbrosa y autocomplaciente. Y más aún, ¿qué forma de representatividad institucional debería tener un nuevo modo de vivir y profesarse cristianos? Qué forma reconocer a la liturgia y a los sacramentos, que debe ser humana, pero no sólo humanística. Y aquí llegamos al cumplimiento objetivo del Vaticano II. Porque el problema ya no es poner en práctica el Vaticano II, sino inventar algo nuevo. El estilo de los comentarios y de la hermenéutica al Vaticano II es un mismo estilo abierto a la vida y al mundo. Nostra Aetate es quizás la novedad más evidente. El Concilio ha llevado seguramente a una humanización del mensaje, a una espiritualización en clave lucana, vivimos la era del tercer Evangelio, un pasaje dramático y extraordinario que ha recorrido en paralelo a mi vida. Pero esta humanización no nos ha hecho más humanos, es decir, no ha dado un perfil al misterio. La Eucaristía hoy es "comida fraterna", bien, pero ¿qué hemos hecho del Misterio, de la presencia real, de la actualización de la pasión de Jesús? Se ha llevado la tensión a la comprensibilidad del Misterio, hasta perderlo como tal. Así el cristiano humanizado socava la implantación de los misterios y con ellos el papel de la Iglesia. Es una acción paralela a lo que he dicho anteriormente sobre el hombre democrático. Hemos pasado del Dios Padre que es todopoderoso, al Jesús que es Señor y Rey, luego al Logos que es el acercamiento teológico a la verdad de la Biblia, y luego al Cristo kenótico de von Balthasar, y al Dios Humano, y luego al Jesús despeinado, profeta y revolucionario del 68, y también al Hermano que camina con nosotros, como nosotros quizás sin un aura divina. Tantas imágenes de Dios que siguen la evolución del hombre democrático. Lo mismo vale para la Iglesia: de la parroquia, a la familia parroquial, después a la comunidad. Pero una pa-

rrroquia no es una comunidad: cinco mil personas no hacen comunidad. Así como un monasterio benedictino no es una comunidad, puede tener momentos comunitarios, deseables ciertamente, pero yo me he hecho monje para seguir una regla de vida no para entrar en una comunidad.

Esta última afirmación suya nos suscita una ulterior pregunta: los cambios epocales, como el que estamos viviendo, siempre han visto una presencia activa de los monjes que facilitaban el tránsito a lo nuevo con la preservación de la riqueza de lo antiguo. Hoy esto ya no parece posible, el monaquismo institucional también está en profunda crisis.

Muy cierto; el monaquismo institucional atraviesa una crisis abismal, tal vez irreversible. Este proceso de acompañamiento de lo antiguo a lo nuevo algunos de nosotros, de modo humilde y discreto, lo llevamos a cabo también hoy. Pienso, por ejemplo, en aquellos monasterios que desempeñan un papel de diálogo con el mundo protestante, o también en mí mismo en mi pequeño trabajo de acompañamiento de los sacerdotes que han dejado. Pero ciertamente, en general, ya no somos las parteras de lo nuevo. No porque nos falten las fuerzas, sino simplemente porque no sabemos qué proponer. También las nuevas formas de vida religiosa contemplativa y secular surgidas después del Concilio, me parece que no gozan de vida mejor, es más, a veces me parecen más anacrónicas que nosotros.

En suma, parecería que fue buen profeta su padre, según la conocida anécdota por la cual, cuando le informó de su decisión de hacerse monje católico, respondió, respetando su elección, «Elmar te embarcas en un barco que se está hundiendo», ¿o no?

(Ríe) ¡Sí, así es! Tengo un recuerdo vívido de ese episodio. Estuvo en Villa Celimontana en abril de 1966. Yo no respondí nada a mi padre. No por respeto, sino porque ya entonces sabía que tenía razón. Pero al mismo tiempo sentía que tenía que tomar ese camino. Nada me lo impediría. Es la fuerza ineludible del Espíritu Santo en nuestras vidas. Cada vez que vuelvo a Roma doy un paseo por Villa Celimontana y me siento en ese banco que todavía hay, e imagino que le hablo a mi padre diciendo: «Sí, tienes toda la razón... ¡pero yo aún más!».

Esta visión suya del hombre democrático que consume la democracia, y, paralelamente, del cristiano espiritualizado y humanizado, hace volver a la mente aquel Humano, demasiado humano de Friedrich Nietzsche. ¿Demasiado humanismo deshumaniza?

Sí, hay un riesgo. Y añado que yendo al límite de esta humanización no se salva ni el hombre ni el clasicismo. No se salva la democracia, y no se salva el Misterio.

¿Tenía razón Heidegger cuando dijo que sólo un Dios puede salvarnos?

¡Pero Heidegger no olvidemos que era un ex monaguillo e hijo de un sacristán! Bromas aparte, tenía un olfato infalible, y se ha conservado en todo su enigmatismo. Sin embargo, tenía un sentido de lo sagrado, creó su propia mitología privada, de alguna manera se adelantó al movimiento que he descrito aquí. Salta el cristianismo en nombre de una religión existencialista, ontológica, mitológica y aquí, a lo largo de la cresta del existencialismo, se abre una pista interesante que lleva a Francia que, desde el punto de vista religioso, ya tiene detrás muchas de las vicisitudes que estamos atravesando en los otros países europeos; de alguna manera los franceses son un laboratorio. Y esto me lleva a pensar en otro problema que es el de la regionalización del cristianismo. En Francia el cristianismo ya ha implosionado y explotado; nosotros estamos todavía en la fase de implosión. En este sentido, el Sínodo es una intervención necesaria y de emergencia; es una lástima que en mi país se haya decidido darle un programa a priori, y este ha sido su límite previsible.

Interesante desde este punto de vista la propuesta de Remi Brague que en El futuro de Occidente auspicia un retorno a Romanitas. Los romanos fueron extraordinarios en saber asumir naciones, tradiciones, religiones, filosofías; asumían y transformaban. Así que Pablo también podía llamarse ciudadano romano, y, a pesar de ser un rabino fariseo, podía apelar al emperador. Es el espacio "uno al lado del otro", que fue la verdadera fórmula vencedora de los romanos, mucho más que las conquistas militares. En este sentido creo que deberíamos recuperar la Romanitas: la hospitalidad como gesto de debilidad fecunda. La hospitalidad como gesto de desarme. Seguramente un gesto que es desafiado por la precariedad, y por esto debe ser corroborado por la oración, por la valentía. Se necesita más valor para acoger que para rechazar. El rechazo es una expresión de debilidad.

Jesús no escribió nada, no quiso ser filósofo de sí mismo, ni docente de dogmática o moral. Pero dio un empujón, un escándalo (en alemán son la misma palabra: Anstoß), un fermento, y luego dejó actuar al Espíritu. Sin el Espíritu la Iglesia no habría existido y no podría existir hoy. Un estatuto entonces "romano" y cristiano sería un gran punto de inflexión para la Iglesia, pero también para la humanidad. La Iglesia, aunque minoritaria, volvería a ser sal de la tierra. En el fondo, eso es lo que está tratando de hacer el Papa Francisco. Ciertamente, no hay garantías, pero nosotros, como él, confiamos en la acción del Espíritu. Una estructura de cristianismo expuesta, donde la "debilidad" es reconocida, aceptada, acogida, atravesada, para hacer nacer otro tipo de fuerza transformadora. Es la nueva frontera de la evangelización de la sociedad. Ser fuerte sin ser poderoso. Ser honesto sin ser fanático. Tener sentido de la estética sin ser estético. Tener sentido de la rectitud sin ser moralistas. Ser uno, pero no sin el otro. Nunca sin el otro como decía De Certeau, otro genio francés hoy cada vez más actual y valioso en esta búsqueda para encontrar un comportamiento humano de una minoría que vive dentro de una nueva sociedad.

¿Es el Papa Francisco el primer capítulo de esta nueva aventura del cristianismo?

Seguro que sí. Es el primer capítulo, pero está obligado a ser también el último del viejo mundo, porque conciliar el carisma con el gobierno de una "empresa" como la nuestra es una empresa en los límites de la proponibilidad. Sólo así se comprenden también sus aspectos dramáticos. Él se ha embarcado en esta empresa, que es una apuesta abierta pascalia-

na. Y tenemos que apostar con él, porque no tenemos nada más. Todo esto implica inevitablemente un replanteamiento también de los fundamentos de la teología. En efecto, es necesario que todos nosotros hagamos un ejercicio de verdad, de lo contrario ya nadie nos escucha. Abandonar ya en la lectura fenomenológica ese léxico un poco fabuloso, por un lado empalagoso y por el otro áspero, que por ejemplo, nos hace decir que la vida es un don. La vida no es un regalo, o al menos no se percibe como tal. Es más justo hablar de un "predatado". Si no somos sinceros con nuestros interlocutores, ya hemos perdido esta carrera entre el humanismo y la religión. O pensad en la obnubilación del sacrificio en el lenguaje teológico corriente, como si fuera algo incómodo. Al contrario, Jesús ha atravesado la pena, en la historia dramática de la pasión nunca es héroe ni víctima, sino, al mismo tiempo, señorial y abandonado. Si no consideramos su sufrimiento con el grito, con la sed, su presión escatológica y metafísica, no comprendemos la penosidad de nuestra limitación. Es desde esta penosidad que se abre un resquicio para el futuro, «no me miren a mí, sigan adelante, caminen juntos»; exhorta María y Juan en la cruz. Y abre legitimidad al consenso *in manus tuas commendo spiritum meum* es la entrega, que es sinónimo de libertad. Esa libertad amenazada y vilipendiada hoy del mundo al hombre.

Y entonces llegamos a la tercera cuestión: es decir, al padre Salmann, a su recorrido. Nos parece entender que su mirada teológica se dirige hoy cada vez más hacia el oeste, hacia Francia, ¿verdad?

Debo reconocer que ya cuando estaba en la escuela secundaria me sentía un poco francófilo. El año pasado pasé los 50 años de mi ordenación, en silencio, en sordina. No he "celebrado una fiesta" como se acostumbra aquí en Italia. Porque no hay nada que celebrar, en todo caso, que repensar. Y no una fiesta. No por falsa modestia. Pero Jesús en Emaús no celebra una fiesta; en cambio desaparece a los ojos de los discípulos y deja que sea el Espíritu quien los guíe por el camino del Kerigma. He atravesado en mi vida épocas políticas, sociales, culturales, eclesiales, siempre con una serenidad melancólica, sacudiendo un poco la cabeza ante un devenir a menudo desequilibrante, buscando siempre un estilo que obviara esto. Un estilo que defino como barquero, como intérprete, como defensor de la transferencia, de un lenguaje eclesial antiguo y misterioso, intrapersonal y psicoanalítico, orientado al intercambio de dones, y en equilibrio entre lengua y realidad, viviendo entre las orillas del Misterio, que conozco en su clasicismo, y las diferentes franjas del mundo post-democrático, que miro con simpatía crítica. Y me hice abogado de uno y otro. Hay muchos mundos diferentes en la Iglesia, pueblo de Dios, y me he esforzado en tratar de darles una voz, y al mismo tiempo buscar toques, músicas, que intuyan la sabiduría de la vida, los misterios cristianos y el Dios que se invoca, esta invocación creatural. Si tuviera que resumir el sentido de mi enseñar y trabajar, podría decir: he tratado de contribuir a que el Dios cristiano pueda quedar bien en la historia del pensar y actuar humano, y de preguntarme por qué esto resulta tan difícil.

En todos estos adjetivos que se ha atribuido falta sin embargo lo que más se le reconoce: padre, usted que es aclamado "padre" de una generación de teólogos.

Sí, así es. No soy un hermano. Y al mismo tiempo no tengo el bigote o la amabilidad de mi padre. Por supuesto, trato de ser amable, pero de una manera señorial, incluso en el convento, trato a casi todos de "usted". Soy un hombre del "usted", si se quiere, un burgués benedictino. Con destellos de jesuitismo. Y tal vez de laicidad, porque sin una mirada desde fuera no se consigue mucho hoy. Una última broma. No reniego de nada de mi vida y de mi procedencia burguesa y empresarial. Todos me preguntan por qué dejé la enseñanza y Roma para encontrarme de nuevo en el convento. Pero estas dos cosas no se oponen, sino que se complementan. Estoy en sintonía con la finitud, con la contingencia. Tal vez, si vivo mucho tiempo, pienso que mi convento desaparecerá; pero esto no me asusta. Y tampoco soy estoico. Acepto las variaciones de la contingencia como bendición de Dios. También la Iglesia es contingente: en el cielo no hay templos ni sacerdotes. Y ni siquiera hay benedictinos, para mi gran alivio... y quién sabe, tal vez ni siquiera hay jesuitas. ¡Aunque siempre vuelven!

Para la Jornada mundial de los abuelos y los mayores que se celebra el 23 de julio

El mensaje del Papa

No permitamos que los ancianos sean dejados solos o descartados

«Su misericordia se extiende de generación en generación» (Lc 1,50) es el tema elegido por el Papa Francisco para la tercera Jornada mundial de los abuelos y los mayores y para su mensaje, que lleva la fecha de la fiesta de la Visitación y fue publicado el jueves 15 de junio, Jornada mundial de sensibilización sobre los abusos a los ancianos. Este año la celebración tendrá lugar el domingo 23 de julio, a pocos días del inicio de la Jornada Mundial de la Juventud prevista en Lisboa. El encuentro entre la joven María y la anciana prima Isabel — dos mujeres que llevan en sí una promesa de futuro — está en el centro del mensaje dirigido a las nuevas generaciones que partirán hacia la capital portuguesa como también el dedicado a la tercera edad. Uniéndose al Pontífice, también el Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, organizador de ambas Jornadas, invita a diócesis, parroquias, asociaciones y comunidades para celebrar la del 23 de julio con la solemne Eucaristía junto a abuelos y ancianos, invitando los jóvenes a visitar a estos últimos solos, mientras para la JM7 los ancianos son invitados a rezar por los jóvenes acompañándoles en la peregrinación hacia Portugal. Algunos instrumentos pastorales útiles a la preparación de la Jornada dedicada a la tercera edad están disponibles en la web www.laityfamilylife.va. A continuación el texto del mensaje pontificio.

Queridos hermanos y hermanas:

«Su misericordia se extiende de generación en generación» (Lc 1,50): este es el tema de la III Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores. Es un tema que nos reconduce a aquel encuentro bendito entre la joven María y su pariente anciana Isabel (cf. Lc 1,39-56). Ésta, llena del Espíritu Santo, se dirige a la Madre de Dios con palabras que, a distancia de milenios, acompañan nuestra oración cotidiana: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre» (v. 42). Y el Espíritu Santo, que ha descendido ya sobre María, la impulsa a responder con el Magnificat, en el que proclama que la misericordia del Señor se extiende de generación en generación. El Espíritu Santo bendice y acompaña cada encuentro fecundo entre generaciones distintas, entre abuelos y nietos, entre jóvenes y ancianos. Efectivamente, Dios desea que, como hizo María con Isabel, los jóvenes alegren el corazón de los ancianos, y que adquieran sabiduría de sus vivencias. Pero, sobre todo, el Señor desea que no dejemos solos a los ancianos, que no los releguemos a los márgenes de la vida, como por desgracia sucede frecuentemente.

Es hermosa, este año, la cercanía entre la celebración de la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores y la de la Juventud; ambas tienen como tema la “prisa” de María para ir a visitar a Isabel (cf. v. 39), y de ese modo nos llevan a reflexionar sobre el vínculo entre los jóvenes y los ancianos. El Señor espera que los jóvenes, al encontrarse con los ancianos, acojan la llamada a custodiar la memoria y reconozcan, gracias a ellos, el don de pertenecer a una historia más grande. La amistad con una



persona anciana ayuda al joven a no reducir la vida al presente y a recordar que no todo depende de sus capacidades. Para los más ancianos, en cambio, la presencia de un joven les da esperanza de que todo lo que han vivido no se perderá y que sus sueños pueden realizarse. En definitiva, la visita de María a Isabel y la conciencia de que la misericordia del Señor se transmite de una generación a la otra revelan que no podemos avanzar —y mucho menos salvarnos— solos y que la intervención de Dios se manifiesta siempre en el conjunto, en la historia de un pueblo. Es María misma quien lo dice en el Magnificat, exultando en Dios que ha obrado maravillas nuevas y sorprendentes, fiel a la promesa hecha a Abrahán (cf. vv. 51-55).

Para acoger mejor el estilo de actuar de Dios, recordemos que el tiempo tiene que ser vivido en su plenitud, porque las realidades más grandes y los sueños más hermosos no se realizan en un momento, sino a través de un crecimiento y una maduración; en camino, en diálogo, en relación. Por ello, quien se concentra sólo en lo inmediato, en conseguir beneficios para sí rápida y ávidamente, en tener “todo enseñuida”, pierde de vista el actuar de

Dios. Su proyecto de amor, por el contrario, atraviesa pasado, presente y futuro, abraza y pone en comunicación las generaciones. Es un proyecto que va más allá de nosotros mismos, pero en el que cada uno de nosotros es importante, y sobre todo está llamado a ir más allá. Para los más jóvenes se trata de ir más allá de esa inmediatez en la que se confina la realidad virtual, la cual muchas veces distrae de la acción concreta; en el caso de las personas mayores se trata de no hacer hincapié en las fuerzas que decaen y de no lamentarse por las ocasiones perdidas. Miremos hacia adelante. Dejémosnos plasmar por la gracia de Dios que, de generación en generación, nos libra del inmovilismo en el actuar y de los remordimientos del pasado.

En el encuentro entre María e Isabel, entre jóvenes y ancianos, Dios nos da su futuro. El camino de María y la acogida de Isabel abren las puertas a la manifestación de la salvación. A través de su abrazo, la misericordia de Dios irrumpe con una gozosa mansedumbre en la historia humana. Quisiera pues invitar a cada uno de ustedes a pensar en aquel encuentro, más aún, a cerrar los ojos y a imaginar, como en una foto, aquel abrazo entre la joven Madre

de Dios y la madre anciana de san Juan Bautista; a representarlo en la mente y a visualizarlo en el corazón, para fijarlo en el alma como un luminoso icono interior.

Y los invito además a pasar de la imaginación a la realización de un gesto concreto para abrazar a los abuelos y a los ancianos. No los dejemos solos, su presencia en las familias y en las comunidades es valiosa, nos da la conciencia de compartir la misma herencia y de formar parte de un pueblo en el que se conservan las raíces. Sí, son los ancianos quienes nos transmiten la pertenencia al Pueblo santo de Dios. Tanto la Iglesia como la sociedad los necesita. Ellos entregan al presente un pasado necesario para construir el futuro. Honrémoslos, no nos privemos de su compañía y no los privemos de la nuestra; no permitamos que sean descartados.

La Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores quiere ser un pequeño y delicado signo de esperanza para ellos y para toda la Iglesia. Renuevo por ello mi invitación a todos —diócesis, parroquias, asociaciones y comunidades— a celebrar esta Jornada, poniendo en el centro la alegría desbordante de un renovado encuentro entre jóvenes y ancianos. A ustedes, jóvenes, que se están preparando para ir a Lisboa o que vivirán la Jornada Mundial de la Juventud en sus lugares de origen, quisiera decirles: antes de ponerse en camino vayan a encontrar a sus abuelos, hagan una visita a un anciano que esté solo. Su oración los protegerá y llevarán en el corazón la bendición de ese encuentro. A ustedes ancianos les pido que acompañen con la oración a los jóvenes que van a celebrar la JM7. Estos muchachos son la respuesta de Dios a sus peticiones, el fruto de lo que sembraron, el signo de que Dios no abandona a su pueblo, sino que siempre lo rejuvenece con la fantasía del Espíritu Santo.

Queridos abuelos, queridos hermanos y hermanas mayores, que la bendición del abrazo entre María e Isabel los alcance y colme de paz vuestros corazones. Los bendigo con afecto. Y ustedes, por favor, recen por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 31 de mayo de 2023, Fiesta de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María.

FRANCISCO



El Papa en su ingreso hospitalario

Rodeado del afecto del mundo

El Papa Francisco ha regresado este viernes al Vaticano para continuar su recuperación, al recibir el alta tras su operación de una hernia abdominal el pasado 7 de junio. El Pontífice salió en silla de ruedas por la puerta principal del hospital Gemelli de Roma a primera hora de la mañana donde le esperaban, además de los medios, algunas decenas de personas que querían saludarlo y transmitirle su cariño. Durante los días de ingreso, el Papa ha continuado el trabajo desde su habitación. Y en vísperas de recibir el alta, el Papa agradeció a todo el personal del hospital Gemelli su atención y "por su profesionalidad y su esfuerzo por aliviar el sufrimiento de los demás, no sólo con medicamentos, sino también con ternura y humanidad", según explicó el director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni. El Pontífice también visitó el departamento de Oncología Pediátrica y Neurocirugía pediátrica. Algunos de los niños hospitalizados allí le habían transmitido su cariño en los últimos días a través de numerosas cartas, dibujos y mensajes deseándole pronta recuperación. Los niños le recibieron en el pasillo con



aplausos y el Papa les mostró su cercanía, su cariño y su emoción entre gestos de ternura y bendiciones. A cada uno de ellos les regaló un rosario y un libro. Francisco, cuando ha estado ingresado en otras ocasiones, suele visitar a otros enfermos del centro médico. En esta ocasión, después de encontrarse con los niños se detuvo también a conversar con una pareja de ancianos. El postoperatorio en el centro médico ha transcurrido con regularidad y el Pontífice ha podido descansar. El doctor Alfieri informó el sábado en una rueda de prensa que el posoperatorio de Francisco era bueno, pero que se le había desaconsejado celebrar públicamente el Angelus desde el hospital, para evitar esfuerzos que pusieran en riesgo la cicatrización de la malla que se le ha colocado en la pared abdominal. El doctor Alfieri confirmó a los medios de comunicación que el Papa "ha confirmado todos los viajes" que tiene pendientes, el de Lisboa para la JMJ y también el de Mongolia a finales de agosto. El especialista explicó que Francisco podrá afrontarlos mejor que antes porque ahora ya no tendrá las molestias de dolencias anteriores. Y apuntó: "Será un Papa más fuerte". Después de los últimos controles médicos, por parte del personal que seguía la convalecencia del Santo Padre, se informó que el "curso clínico de recuperación se ha desarrollado sin complicaciones". Por ello, el Pontífice fue dado de alta y antes de regresar a la Casa Santa Marta en el Vaticano se dirigió a la Basílica de Santa María La Mayor para rezar ante el icono de la Salud Populi Romani.



El Papa en el policlínico Gemelli

Del 2 al 6 de agosto en Lisboa para la JMJ y en Fátima

El programa del viaje del Papa en Portugal

El Papa Francisco viajará a Portugal del miércoles 2 al domingo 6 de agosto, con motivo de la 37ª Jornada Mundial de la Juventud: el sábado 5 peregrinará a Fátima. La Oficina de Prensa de la Santa Sede ha dado a conocer el programa del viaje apostólico. El avión con el Pontífice a bordo partirá el 2 de agosto, a las 7.50 de la mañana, del aeropuerto internacional de Roma-Fiumicino hacia Lisboa. La llegada a la capital portuguesa está prevista a las 10, en la base aérea de Figo Maduro, donde tendrá lugar la recepción oficial. La ceremonia de bienvenida tendrá lugar a las 10.45 horas en la entrada principal del Palacio Nacional de Belém. A las 11.15 el Papa hará una visita de cortesía al Presidente de la República. A las 12.15, en el Centro Cultural de Belém, tendrá lugar el en-

cuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático. Posteriormente, a las 16.45, en la nunciatura apostólica, Francisco se reunirá con el primer ministro portugués. Después, en el Monasterio de los Jerónimos guiará el rezo de las vísperas con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas, seminaristas y agentes pastorales del país. La jornada del jueves 3 de agosto se abrirá, a las 9, con el encuentro con los jóvenes universitarios en la sede de la Universidad Católica Portuguesa. A las 10.40 el Papa se encontrará con los jóvenes de Scholas occurrentes en la sede de la Fundación en Cascais. Por la tarde, a las 17.45, Francisco presidirá



la ceremonia de bienvenida para la Jornada Mundial de la Juventud, en el Parque Eduardo VII. El viernes 4 de agosto, a las 9, en la Plaza del Imperio, el Papa administrará el sacramento de la reconciliación a algunos jóvenes participantes en la Jornada mundial. Luego, a las 9.45, se encontrará con los representantes de centros de

asistencia y de caridad, en el Centro parroquial de Serafina. Francisco abrazará, nuevamente, a un grupo de jóvenes con ocasión del almuerzo en la nunciatura apostólica. A las 18:00 horas, rezará el Vía Crucis en el Parque Eduardo VII. El sábado 5 de agosto el Pontífice partirá, a las 8 de la mañana, en helicóptero desde la Base Aérea de Figo Maduro en Lisboa hacia Fátima. La llegada al estadio está prevista para las 8.50. El Papa se dirigirá al Santuario de Nuestra Señora de Fátima donde, a las 9.30, en la capilla de las apariciones, guiará la oración del rosario junto con los jóvenes enfermos. Al finalizar, Francisco regresará a las

11.50, también en helicóptero, a Lisboa. Luego, a las 18, está previsto el encuentro privado con los miembros de la Compañía de Jesús en el Colegio de S. João de Brito. Por la tarde, a las 20.45, el Papa presidirá la vigilia con los jóvenes en el Parque Tejo. También en el Parque Tejo, el domingo 6 de agosto, a las 9, el Pontífice celebrará la misa por la Jornada Mundial de la Juventud al final de la cual recitará la oración del Ángelus. Antes de partir, en el Paseo Marítimo de Algés, saludará a los jóvenes voluntarios de la JMJ. Luego, a las 5:50 p.m., la ceremonia de despedida se llevará a cabo en la Base Aérea Figo Maduro. El avión con el Papa a bordo despegará a las 18.15. El aterrizaje en el aeropuerto internacional de Roma-Fiumicino está previsto para las 22.15 horas.

El discurso del Pontífice dirigido al Consejo de seguridad de las Naciones Unidas

Hace falta más valor para buscar la paz que para hacer la guerra

Hace falta más valor para sentarse en una mesa de negociaciones que para continuar con las hostilidades

Hace falta más valor «para buscar la paz que para hacer la guerra, para promover el encuentro que para provocar el enfrentamiento, para sentarse en una mesa de negociaciones que para continuar con las hostilidades». Lo reitera el Papa Francisco en el discurso dirigido a los miembros del Consejo de seguridad de las Naciones Unidas, reunidos el 14 de junio para un encuentro sobre «Los valores de la fraternidad humana en la promoción y en apoyo de la paz». El texto del discurso preparado por el Pontífice — que publicamos a continuación — fue leído en videollamada por el arzobispo Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones internacionales.

Señora Presidenta del Consejo de Seguridad,
Señor Secretario General,
Estimado gran Imán de Al-Azhar,
Señoras y señores:

Les agradezco la amable invitación a dirigirme a ustedes, que he aceptado de buen grado porque estamos viviendo un momento crucial para la humanidad, en el que la paz parece sucumbir ante la guerra. Los conflictos aumentan mientras que la estabilidad se ve cada vez más amenazada. Estamos viviendo una tercera guerra mundial a pedazos y, cuanto más pasa el tiempo, parece extenderse más. El Consejo, que tiene como misión velar por la seguridad y la paz en el mundo, aparece a veces ante los ojos de los pueblos impotente y paralizado. Pero vuestro trabajo, que la Santa Sede aprecia, es esencial para promover la paz, y precisamente por eso quisiera exhortarlos, vehementemente, a afrontar los problemas comunes dejando de lado ideologías y particularismos, visiones e intereses partidistas, y cultivando un solo propósito: trabajar por el bien de toda la humanidad. En efecto, esperamos de este Consejo que respete y aplique «la Carta de las Naciones Unidas con transparencia y sinceridad, sin segundas intenciones, como un punto de referencia obligatorio de justicia y no como un instrumento para disfrazar intenciones espurias» [1].

En el mundo globalizado de hoy, todos estamos más cerca, pero no por eso somos más hermanos. Es más, sufrimos una falta de fraternidad que se hace visible en las abundantes situaciones de injusticia, pobreza y desigualdad, y por la falta de una cultura de la solidaridad. «Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, egocentrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del «descarte», que lleva al desprecio y al abandono de los más débiles, de cuantos son considerados «inútiles». Así la convivencia humana se parece cada vez más a un mero do ut des pragmático y egoísta» [2]. Pero el peor efecto de esta carestía de fraternidad son los conflictos armados y las gue-

rras, que no sólo enemistan a las personas, sino también a pueblos enteros, cuyas consecuencias negativas repercuten por generaciones. Con el nacimiento de las Naciones Unidas parecía que la humanidad había aprendido a dirigirse, después de dos terribles guerras mundiales, hacia una paz más estable; a convertirse, finalmente, en una familia de naciones. Pero en cambio parece que se esté retrocediendo nuevamente en la historia, con el surgimiento de nacionalismos cerrados, exasperados, resentidos y agresivos, que han encendido conflictos que no son solamente anacrónicos y superados, sino aún más violentos [3].

Como hombre de fe creo que la paz sea el sueño de Dios para la humanidad. Sin embargo, constato lastimosamente que por culpa de la guerra este sueño maravilloso se esté convirtiendo en una pesadilla. Es verdad, desde el punto de vista económico, la guerra atrae más que la paz, en cuanto favorece la ganancia, pero siempre de unos pocos y en detrimento del bienestar de enteras poblaciones. El dinero ganado con la venta de armas es dinero manchado con sangre inocente. Hace falta más valor para renunciar a una ganancia fácil y preservar la paz que para vender armas, cada vez más sofisticadas y poderosas. Hace falta más valor para buscar la paz que para hacer la guerra. Hace falta más valor para promover el encuentro que para provocar el enfrentamiento; para sentarse en una mesa de negociaciones que para continuar con las hostilidades.

Para construir la paz es necesario salir de la lógica de la le-



gitimidad de la guerra; si esto podía tener valor en tiempos pasados, en los que los conflictos armados tenían una capacidad más limitada, hoy, con las armas nucleares y de destrucción de masa, el campo de batalla se ha vuelto prácticamente ilimitado y los efectos, potencialmente catastróficos. Ha llegado el tiempo para decir seriamente «no» a la guerra, para afirmar que las guerras no son justas, sólo la paz es justa; una paz estable y duradera, no construida sobre el equilibrio tambaleante de la disuasión, sino sobre la fraternidad que nos une. De hecho, estamos en camino sobre la misma tierra, todos como hermanos y hermanas, moradores de la única casa común, y no podemos oscurecer el cielo bajo el que vivimos con las nu-

bes de los nacionalismos. ¿A dónde iremos a parar si cada uno piensa sólo en sí mismo? Por ello, cuantos trabajan en la construcción de la paz deben promover la fraternidad. Es un trabajo artesanal que requiere pasión y paciencia, experiencia y amplitud de miras, tenacidad y dedicación, diálogo y diplomacia. Y escucha; escuchar el grito de los que sufren por causa de los conflictos, y particularmente el de los niños. Sus ojos bañados de lágrimas nos juzgan; el futuro que les preparamos a ellos será luego el tribunal de nuestras elecciones actuales.

¡La paz es posible, si se busca verdaderamente! Esta debería encontrar en el Consejo de Seguridad «sus características fundamentales, que una errónea concepción de la paz hace

olvidar fácilmente: la paz debe ser racional, no pasional; magnánima, no egoísta; la paz debe ser no inerte y pasiva, sino dinámica, activa y progresiva a medida que justas exigencias de los declarados y ecuanímenes derechos del hombre reclamen de ella nuevas y mejores expresiones; la paz no debe ser débil, inútil y servil, sino fuerte, tanto por las razones morales que la justifican como por el consentimiento compacto de las naciones que la deben sostener» [4].

Todavía estamos a tiempo para escribir un capítulo de paz en la historia. Podemos lograrlo haciendo que la guerra pertenezca al pasado y no al futuro. Los debates en el seno de este Consejo de Seguridad están ordenados y sirven a este propósito. Quisiera insistir

una vez más en una palabra que me gusta repetir porque la considero decisiva: fraternidad. Esta no puede quedarse como una idea abstracta, sino convertirse en un punto de partida concreto; es, de hecho, «una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera» [5].

Por la paz, por toda iniciativa de paz y proceso de paz les aseguro mi apoyo, mi oración y la de todos los fieles católicos. Hago votos para que no sólo este Consejo de Seguridad, sino toda la Organización de las Naciones Unidas, todos sus Estados miembros y cada uno de sus funcionarios, puedan prestar un servicio eficaz a la humanidad, asumiendo la responsabilidad de custodiar no sólo el propio futuro, sino el de todos, con la audacia de renovar ahora, sin miedo, todo lo que sea necesario para promover la fraternidad y la paz del entero planeta. «Felices los que trabajan por la paz» (Mt 5,9).

[1] *Discurso a la Organización de las Naciones Unidas* (25 septiembre 2015).

[2] *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2014).

[3] Cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 11.

[4] S. Pablo VI, *Mensaje para la VI Jornada de la Paz* (1 enero 1973).

[5] *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de la Paz* (1 enero 2014).

Los cielos proclaman esperanza

MARCELO FIGUEROA

«El cielo proclama la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmo 19,1)

En la noche del lunes 12 de junio de 2023, desde la base espacial de Vandenberg, en California, partió el satélite que transporta el nanolibro con las palabras de esperanza que el Papa Francisco pronunció en el histórico *Statio Orbis* del 27 de marzo de 2020. Las mismas, que viajan junto a las recordadas Catequesis de los miércoles siguientes, la Encíclica *Fratelli tutti*, diversos mensajes de Santo Padre e ilustraciones de extrema calidad, están recogidas en el libro «¿Por qué tienes miedo, aún no tienes fe?» (*Librería Editrice Vaticana*).

La misión espacial «Spei Satelles» - Custodio de la Esperanza - provocará que el satélite en su «peregrinaje orbital» emita para todo el planeta palabras de esperanza en frecuencia radial universal. Esta nueva locación o «statio» puesta en una nueva órbita cósmica circular, u «orbis planetaria», tiene en sí también un gesto de doble cumplimiento profético. La memoria

de la búsqueda de esperanza en medio de aquella guerra sanitaria invisible y universal, y la urgencia actual de continuar proclamando mensajes de esperanza en un mundo inmerso en una guerra planetaria visible. ¡Para una pandemia desesperanzadora, de dimensiones desconocidas y cósmicas, se iba a requerir en algún momento un gesto desconocido y cósmico de esperanza en tiempos de guerra! Y este evento realizado en las últimas horas con el lanzamiento de este satélite, representó la materialización de esa simbología necesaria, universal, esperanzadora y a la vez tan humana como celestial.

En aquel histórico y profético mensaje, el Papa Francisco expresó que «Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos». Figuras similares utilizó también durante la serie catequística especial «Sanar el mundo»: «En medio de crisis y tempestades, el Señor nos interpela y nos

invita a despertar y activar esta solidaridad capaz de dar solidez, apoyo y un sentido a estas horas en las que todo parece naufragar». En aquel momento, quien suscribe estas líneas, propuso una relectura de textos bíblicos conocidos, como es el caso del diluvio universal, Noé y el arca. El relato mítico, que encuentra similitudes en otras narraciones mesopotámicas, centrado en un naufragio cósmico sin precedentes y también sin posibilidades bíblicas de repetición. Ahora, luego del histórico proyecto del nanolibro cósmico cargado de esperanza bíblica, me tomo el atrevimiento de leer en forma orante los textos del salmo de referencia, el Salmo 19. El poema sapiencial davídico también expresa con precisión mítica, poética y profética que la luz solar, asimilable a la luz de la esperanza evangélica que no puede ocultarse debajo de un cajón (S. Mateo 5, 14-16), resuena con sonidos sordos o con palabras de códigos desconocidos. Tal es la primera sensación que a no pocos de nosotros no provoca intentar comprender la emisión de mensajes binarios, transmitidos a todo el plane-

ta en ondas cósmicas. El salmo nos alienta a pensar y reflexionar en ello:

«Sin hablar, sin pronunciar palabras, sin que se escuche su voz, resuena su eco por toda la tierra y su lenguaje, hasta los confines del mundo. Allí puso una carpa para el sol, y este, igual que un esposo que sale de su aloba, se alegra como un atleta al recorrer su camino. El sale de un extremo del cielo, su órbita llega hasta el otro extremo, y no hay nada que se escape a su calor» (Salmo 19, 4-7)

Que este nanolibro, que comenzó su peregrinar cósmico con mensajes de esperanza, resuene como un eco reflexivo en las conciencias éticas adornadas de los cultores de todas las guerras. Que las palabras que llegarán desde el espacio circundante rodeen las almas desesperanzadas, que están sedientas de esperanza que no defraude. Que ese calor de la esperanza divina al que nadie puede escapar sea para algunos una llama reflexiva, y para otros muchos, una caricia cálida en almas doloridas y sufrientes.